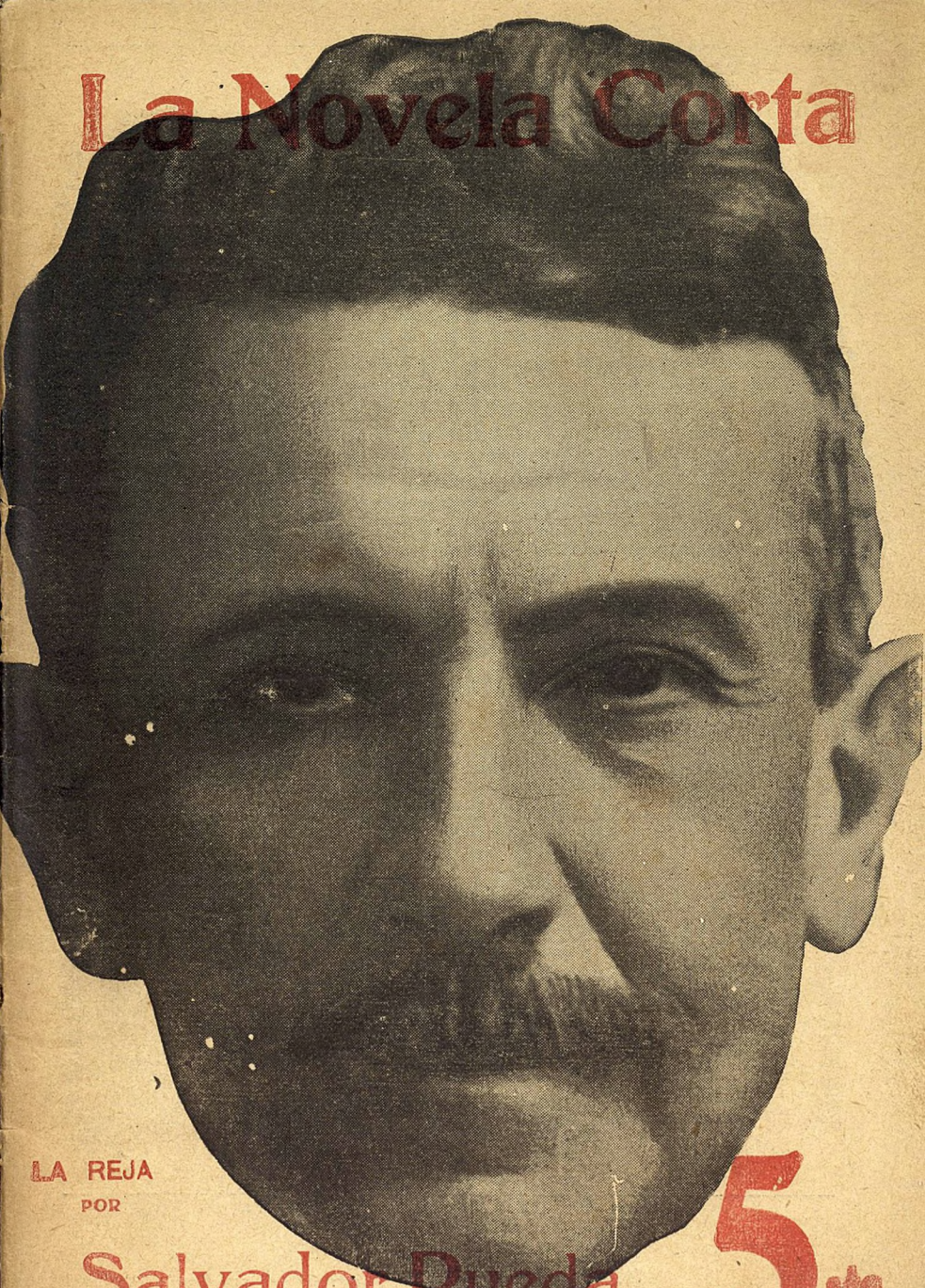
La Novela Corta



LA REJA

POR

Salvador Rueda

5 cts.

La Novela Corta

Fundador y Director: José de Urquía

Números publicados por LA NOVELA CORTA en el presente año.

53.—SANTIAGO RUSIÑOL.—El pueblo gris. (Número extraordinario.)
54.—IGLESIAS HERMIDA.—De caballista a matador de toros.
55.—JOSÉ FRANCÉS.—La piedra en el lago.
56.—JOAQUIN BELDA.—Un Van-Dick auténtico.
57.—AZORÍN.—Los pueblos (Número extraordinario.)
58.—VARGAS VILA.—El maestro.
59.—COLOMBINE.—El perseguidor.
60.—MANUEL BUENO.—Jaime el conquistador.
61.—JOAQUÍN DICENTA.—¡Quién fuera tú! (Número extraordinario.)
62.—AMADO NERVO.—El diamante de la inquietud.
63.—FRANCISCO VILLAESPESA.—Amigas Viejas.
64.—DIEGO SAN JOSÉ.—Murió como un hidalgo.
65.—NOEL.—Amapola entre espigas.
66.—EDUARDO ZAMACOIS.—Europa se va (Número extraordinario.)
67.—CONCHA ESPINA.—El jayón.
68.—EMILIO CARRÉRE.—El divino amor humano.
69.—GARCÍA SANCHIZ.—Escenas pintorescas. (Diario de un bohemio mundano.)
70.—PERÉZ ZÚÑIGA.—Seis días fuera del mundo. (Número extraordinario.
71.—GOMEZ CARRILLO.—El Japón heroico y galante.
72.—POMPEYO GENER.—Un pontífice del ocultismo.
73.—VALLE INCLAN.—Eulalia.
74.—PEDRO MATA.—La excesiva bondad.
75.—LINARES RIVAS.—De mujer a mujer. (Cartas de mujeres.) (Número extraordinario.)
76.—PEDRO DE REPIDE.—La boda de Guadalupe.
77.—RAFAEL LOPEZ DE HARO.—El triunfo de la sangre,
78.—CRISTÓBAL DE CASTRO.—Las insaciables.
79.—JOAQUIN BELDA.—Los secretos del mar. (Número extraordinario).
80.—JOSE FRANCES.—El corazón ajeno.
81.—COLOMBINE.—Pasiones.
82.—MARQUINA.—En la extrema linde.
83.—E. RAMIREZ ANGEL.—Una sola vez.
84.—GUIMERÁ.—Rosa de Lima.
85.—GARCIA SANCHIZ.—Paloma.
86.—CONDESA PARDO BAZAN.—Clavileño.
87.—EMILIO CARRERE.—La conquista de la Puerta del Sol,
88.—BLASCO IBÁÑAZ.—La Maja desnuda.
89.—DIEGO SAN JOSE.—Casa para estudiantes,

NO SE ADMITEN SUSCRIPCIONES

Administración: Calvo Asensio, 3. Apartado 498.-Madrid.

El sábado próximo: EL CRIMEN DE LA CALLE DE PONZANO, de

Pedro Mata

En breve, ROSITA, de

Valle Inclán

UNA HISTORIA DE AMOR, de

Manuel Bueno

PAPEL DE LA PAPELERA ESPAÑOLA

LA REJA

(Adaptada expresamente a las dimensiones de esta Revista.)

Salvador Rueda

I

A TIENTAS

Ya había puesto la tranca a la puerta el padre de Rosalía, llamado entre la gente de Guedeja el tío Justo, que era avaro y tosco de cuerpo y de alma.

Poco más que la tranca alzaba del suelo el huesudo y rehecho hombre.

Dominaban al tío Justo dos pasiones: la avaricia, y un apego increíble al trabajo. Labraba su huerto, cavaba su viña, remendaba su casa, y todo lo hacía con la ceguera del cerdo, que mete la palanca de la jeta en el suelo.

Su cara tenía la expresión de la del hombre que mira de soslayo y anda de igual modo para caer por la espalda sobre su enemigo.

Cuando este hombre supo que su hija tenía relaciones amorosas con Bernardo, mozo a carta cabal aunque fosco, pero sin la posición que para sí quisiera la ambición del tío Justo, miró a Rosalía como si fuera a atravesarla con los ojos, y bajando y reconcentrando la voz, dijo con un resuello hablado:

—Melnardo te jace morisquetas y carrantoñas, y trata de engatusarte. Una cosa vía ecirte; es que no quió novio, y menos ese ejambrío.

Pero cuando esto sucedía estaban ya Rosalía y Bernardo encajados moralmente uno en otro, de tal modo, que no había señal de la juntura.

Ella esperaba las horas en que todo busca su ley de gravedad en el sueño, para salir a la reja, mientras se deslizaba con andar no sentido la noche.

Para acudir, tendría la moza que saltar sobre camastros tendidos en el suelo, escurrirse bajo el catre donde el padre dormía y correr toda suerte de peligros, conteniendo la respiración y acallando los leves crujidos de la ropa.

La reja daba a una calle que tenía por límite el campo. El aire mecía a aquella hora las tres mil campanillas de una profusa enredadera, que parecían tocar a gloria por las fiestas invisibles que las cosas celebran a media noche.

Nada turbaba el reposo del pueblo, blanqueado de un modo fantástico por la luna.

Los vallados de pitas que cercaban por todos lados el pueblo, los moños de chumberas que simulaban fantasmas y visiones, los ramajes lóbregos de la cañada donde cantaba algún desvelado ruiseñor, y el anillo de montañas, altas y mudas, que encerraban el cuadro sombrío, daban al pueblo el aspecto de un coliseo en ruinas que hacía más misterioso el sosiego augusto de la noche.

La reja de Rosalía, abierta a causa del bochorno, parecía altar dispuesto para decirse en él la misa del amor.

Pendía de un clavo la alcarraza goteante de trémulo rocío; cabeceaban los

claveles a los golpes del aire, saludando a algo invisible que pasaba; dormía en la varilla el canario, convertido en maravilloso equilibrista, y el follaje de las tres mil campanillas escondía y agraciaba la reja, como el cabello en desorden agracia un rostro de mujer.

Allá adentro, Rosalía, con los brazos puestos en forma de balancín, se disponía a emprender su carrera de obstáculos hasta llegar al lado de la reja.

Aplicó ansiosa el oído.

La respiración de su madre, que dormía en la estancia inmediata, sonaba con el ritmo plácido que indica el reposo absoluto del cuerpo.

Valida de la vista del tacto, que lleva un ojo sin retina en cada dedo, palpó la pared que a la estancia conducía y alargó el pie desnudo con esa instintiva inteligencia de la materia.

Cerca del lecho de su madre la conciencia le trazó una interrogación en la sombra; pero la imagen de Bernardo, que se alzó de pronto en su cerebro, sustituyó el signo por una afirmación, y siguió su lento camino de tropiezos.

Fuera de la estancia, dió vista a un extenso corral, donde dormía el ganado.

Muda permaneció algunos instantes.

Durante ellos, creyó que se había petrificado.

Para romper aquellos *siglos* de quietud echó nuevamente el paso y penetró en la habitación del hermano. No oía la respiración de éste, pero adivinó el compás largo y callado del aliento, que revelaba una absoluta paz en el espíritu.

Al llegar a la cocina, a cuya puerta se hallaba extendido el catre del padre, percibió fuera, allá en el cañaveral de la hondonada, el bronco concierto de las ranas, devolviéndose unas a otras la canción.

Inclinó el cuerpo para pasar bajo el lecho; una codorniz, encerrada cerca, en la jaula, atolondró de pronto sus oídos con tres golpes de tímpano.

La cara le blanqueó de miedo en medio de la sombra. Se irguió con el repetido temblar de una fuente y se apoyó en un objeto que había sobre una silla. Era la pistola que ponía el tío Justo cerca de su lecho.

La idea del arma le hizo lanzar un pequeño grito.

Necesario era que tuviese un inmenso amor a Bernardo para afrontar aquellos peligros.

Midiendo el peligro en que se hallaba, se pegó trémula de miedo al muro, semejante a un bajo-relieve, y contuvo la respiración.

Lejos oyó un rumor levísimo, un murmullo en el que parecían venir sonidos metálicos, zumbido de gritos y de voces y rumores de patrulla que, a semejanza de los de una multitud, avanzaban, destacaban entre sí ecos de ecos, risas de risas, acentos de acentos: era una alegre parranda que iba de reja en reja, dejando en los desvelados oídos de cada moza una copla sentida y un arabesco de notas.

En el altar de tu reja
digo una misa de amor;
tú eres la virgen divina,
y el sacerdote soy yo.

—¡Es Alejo!—habló con el pensamiento, reconociendo al que cantaba.

La belleza de aquel inesperado efecto que rompía el silencio de la noche le hizo olvidar un momento su situación.

Que no me den tal suplicio
mándale a tus ojos negros;
ellos, firmes en matarme;
y yo, más... en quererlos.

La parranda cruzó el fondo de la calle y se alejó en dirección opuesta.

La moza inclinó de pronto el cuerpo con heróica decisión, pasando bajo la cama del padre, y se halló en la cocina, frente a frente a la reja.

Fuera se deslizó un bulto y vino hacia la pared adoptando precauciones y cautela. Era Bernardo, que aproximó la cara a los hierros.

Un figurado repique triunfal alzaron las tres mil campanillas, que temblaron de gozo al pasar corriendo por ellas la delicada mano de la brisa.

II

PELANDO LA PAVA

—¡Ay, qué angustias, Bernardo!—gimió Rosalía—. Pisando sobre la voluntá mesma pa no jacer ruío, ni sé cómo llego a echarte los ojos encima.

—¡Y ganas que había yo reunío de cruzar los míos con ellos!

—Pues ya lo ves tú. A pesar de que mi padre se opone a que nos queramos, corro estos peligros por verte.

—Duro es tu padre y cabezón, pero ya sabes la copla que dice:

Una gotera contina
ablanda un duro peñón.

Quió decir que, puesto que yo aino, aina tamién tú y gánate palmos y terrenos.

—Tú dirás cómo.

—Estar en un pie es padre del conseguir, y el que vela, con más razón espera que el que duerme.

—¡Ay, Bernardo! ¡Cuándo llegará el día en que esto se dé por finío en bien.

—De ese talle me viera, que no aquí de solo a solo y con la reja promedio. Mas, cuando hasta me paece... que no eres conmigo la mesma.

—¡Que no soy! ¿Por quién sino por tí salgo a la reja, cuando mi padre me la tiene prometía?

—Pos una cosa via ecirte.

—¿Qué?

—Que tengo entre ojos... vamos, que creo que no me quiés como antes.

—¡Jesús María!

—Dicho está y no me retrato.

—Días de ver a Dios hay, Bernardo, y entonces has de saber cómo te quiero.

—Mientras que aquí no sea...

—¿Qué más quieres que jaga?

—Soy un jauto, lo sé; un jíbaro apegao al terruño y no a la letra, como esos presumíos que te enamoran con gusto y venia de tu padre.

—¿Y qué me importan a mí esos?

—El uno, Antolín, ata el caballo a tu reja, enterrao en jaeces, y el otro, con el achaque de primo vengo y te veo; con el aquel de que tu tía gusta oir las gracias de Primores, éste se te entra por las puertas y venga de la fabla.

—No hay peligro en na de eso, Bernardo; si el uno ata el caballo a mi reja y el otro viene a dejarme sus decires en el oío, a mí quien me gusta eres tú, y prefiero tu probeza y el cariño que en ley de Dios me tienes.

—Pues ello es que hay que eterminar casarse.

—¿Sin la consentía?

—Escansa en mí, que, como saco palante la raya del arao, sacaré esto tamién derecho.

—¿Piensas en un *sacorio*?

—Acertates. ¿Qué ices a ello?

—Sería una campaná en el pueblo.

—Y gorda, pero hay que tener pecho.

—Es que eso es escaparse de la casa.

—Sí, pero depositá y viniendo por ti padrinos, testigos y el juez...

—Con to, piénsalo bien, Bernardo. A la fin del mundo iría yo contigo en tú queriendo, pero ya sabes las jablillas, y además que, si por mi padre menos, por mi madre, que no tiene culpa, no quió comportarme asine. Luego...

—Luego ¿qué?

—Que me paece... vamos, que me paece eso no lo manda Dios.

—Revinao y más que revinao lo tengo. Con la casucha mía hay pa que los

dos vivamos; por otra parte, mi jornal, ganao con la barca, da pa el garbanzo y el pan; conque, si tú no lo ices, no veo más cabos que atar.

—No paece sino que algo te ataraza.

—Así es y dígolo así.

—¿Qué te pasa? Jabla.

—Mil fantasías celosas me conturban.

—¿Vuelves al tema?

—Y volveré.

—Si quieres, créeme; toma pacencia; to sa de arreglar como deseas.

—Pero que sea pronto, Rosalía, piénsalo.

—Lo pensaré, y adiós, que no quiero que nos vean en la reja.

—¡Mal rayo parta al día, que siempre ha de venir antes de tiempo!

Bernardo se deslizó apresurado rozando las plantas del muro; Rosalía hizo otra vez instintivo balancín con los brazos al empezar el regreso a su cuarto; y el propio Primores, que venía al frente de todos los mozos arrancando arabescos de notas a las cuerdas, dió al aire esta copla, dirigida a Rosalía:

Para llamarme Primores
no jayo ningún derecho;
para primores, tu cara,
y para ingrato, tu pecho.

III

EL ADIOS DE LA PARRANDA.

La hija del tío Justo era un primor de bonita, una moza como un oro.

Sólo que era cierta la última parte de la copla. Cierta bajo el punto de vista desde que tomaba el asunto Primores, que ignoraba toda la risa que producía en la muchacha su pasión, y lo que era indiferencia en ella, tomábalo él por las piedras y abrojos de que todo enamorado gusta adornar el camino.

Barredor de corazones, sabía ceñirse como ninguno los artísticos pliegues de la faja; tiraba las cañas sin marrar una vez el golpe; entretenía con embelecos la atención de cualquier mozuela, y era el único mozo que se vió en punto a saber coplas, motetes y decires, y pintiparado para echar un romance en medio de una fiesta, con mucho de accionar a lo majo y de engallar y mostrar por los cuatro lados la persona.

Imposible era que saliese a la calle una parranda, más si en ella iba punteando la guitarra Primores, y dejara de llegar a la reja de Rosalía, y allí el mozo echara todas las despedidas imaginables, desde *la que Cristo echó en el coro,* como dice la copla, hasta *la que echan los marineros.*

La despedía te echo,
la que Cristo echó en el coro;
adiós clavel, adiós rosa,
adiós maceta de oro.

No sabía Primores qué despedida era la que Cristo había echado en el coro, y de seguro no lo hubieran sabido tampoco, los demás mozos de la parranda; pero la copla fué recibida con una explosión de entusiasmo.

Otro de lo parranda, con voz enronquecida de lanzar coplas, siguió al cómico pretendiente de Rosalía y se despidió de este modo:

La despedía te echo,
no se la quisiera echar,
pero se apaga la luna
y las estrellas se van.

Tres casas más abajo de la de Rosalía, mascaba bilis y bufaba de cólera Bernardo, viendo lo cumplido que todo el mundo quería estar con su novia.

Lo que más reconcentraba su enojo era que, a provecho de su gusto, se

pavoneara ante la reja el acicalado Primores llamando a la que Bernardo quería con toda el alma, niña de plata, niña de oro, y otros embelecos.

Al tumulto de voces que acogió el cantar del mozo, oyó que se sentaba en la cama el tío Justo, azollispado como bestia a quien pica la mosca.

Rosalía tembló con emoción terrible y se apoyó en la pared, cerca del lecho del padre. La idea de que allí próxima estaba el arma de fuego que ponía cerca del lecho para en caso de defensa, la sacudió con fuerza espantosa.

Permaneció muda, y aguardó hasta ver qué sesgo tomaba el incidente.

El tío Justo aplicó el oído. En medio de la biliosa acritud del despertar, quedó en suspenso y procuró llevar la evidencia a su razón.

Cerca del día, las voces son difíciles de reconocer.

La parranda seguía revelándose del mismo modo.

Gritos estentóreos; palabras dichas con voz ronca; carcajadas sin alegria, cuyo eco repetía, triste y sola, la cuenca lejana; la fatiga de cada mozo revelada en el ruidoso y largo bostezo; la frase obscena expresada con la más agrandada hipérbole; el continuo gemir de la guitarra, siempre doliente y melancólica, expresando la angustiosa soledad del amanecer; el cerdeo metálico de los platillos amarrado indefectiblemente al compás; el ¡jah! del bebedor, exhalado después de pasar el trago de aguardiente; cuanto detalle da carácter a este cuadro difuso y poético, metía su maraña en los oídos del hombre, no pudiendo éste percibir claramente quiénes eran los que daban serenata a la moza, ni si iría entre ellos el fosco y cauteloso Bernardo.

Volvióse en el lecho del lado de la reja, y alargando la cabeza a la cocina pudo ver el primer reflejo del día, que alumbraba la raya temblorosa del mar.

Puesto en actitud de acecho descubrió a través de la enredadera varios rostros que tenían la palidez y el aspecto de los cadáveres.

Las fisonomías ostentaban los rasgos agrandados por el desvelo, los ojos mustios y hundidos. Un matiz verdoso daba tristeza a las facciones, y en las manos mostraban los hombres esa suciedad que se adquiere durante la noche.

La última copla de la parranda la dió el incomparable Primores.

Trayéndose el corazón a los labios y poniendo cierto dejo de tristeza en las palabras, hizo el primoroso canuto con la boca, y, tirando de las cejas al medio de la frente y bajándolas después hasta abrocharlas encima de los ojos,

Sal ya, niña, de tus sueños,
y asómate a la ventana,
que dora tus campanillas
la luz primera del alba.

La parranda se fué alejando gradualmente.

Primero sonó con todo su estrépito, después amortiguó sus gritos y canciones, y, por último, no dejó oir más que la voz de Primores:

Sal ya, niña, de tus sueños,
y asómate a la ventana,
que dora tus campanillas
la luz primera del alba.

—¡Perra, mala hija!—gritó, tirándose del lecho, el tío Justo, para vestirse, tropezando a pocos pasos, en la obscuridad, con las manos de Rosalía.

—¡Padre! ¡padre!—exclamó aterrorizada, puesta la idea en el arma de fuego.

—¡Pícara!

—¡Padre, soy yo, soy yo!

—¿Qué buscas aquí, mala pieza?

Y zamarreándola fuertemente y empujándola al medio de la cocina, añadió:

—¿Qué buscas? Habla.

IV

YO PECADORA

Mudada la color por la emoción recibida, y queriendo a sí misma desvanecerse con tal de evitar la escena, ni supo al pronto qué contestar.

Primero iluminó su mente, y pasó con rapidez suma la idea de decir que había escuchado la parranda y que determinó salir a la reja.

Este ardid hubiera podido salvarla del trance, dado que el padre miraba con buenos ojos al mozuelo y no deseaba otra cosa sino que Rosalía prestara atención a sus palabras; pero se le vino la verdad a la boca.

—No me dé aceda repuesta, padre, a lo que voy a decirle—suspiró.

—¡No te dé aceda repuesta! Reniego de tus mal colocaos pensamientos. ¿Te parece que voy a andarme con melindres cuando te escarrías por tales caminos?—ladró el perro viejo, sin conmoverse en la menor fibra.

—Yo diré la verdad, padre, pues no quiero sino abriye mi pecho. Sepa que estampá llevo en la memoria un hombre, el cual me quiere en ley de Dios.

—Más honraos han de ser los de cualquiera que los de Melnardo.

—Su proceer y güen término acredítanle de honrao.

—¡Como no estuviás namorá más que de ese eljambrío!...

—Tiene su conduta, padre, que a las veces vale más que los caudales.

—Una poca de conduta pués echar en la olla a ver qué caldo jase. Por lo visto, quiés verte pie a pie y sin más compañía que la miseria.

Cobrando un tanto los espíritus iba Rosalía, viendo que su padre no se disparaba tan pronto como de costumbre, y se atrevió a añadir, acariciando la mano del lobo:

—No siempre ha de tener cara fosca conmigo. Alegre el alma, y alégremela a mí, que ni acierto a demostrarle el cariño que le tengo.

—¿También gazmoñerías? Si piensas que voy a consentir que sigas hablando a ese tunante, guarda tus lloriqueos y apártate de en medio.

No hizo caso del empellón la moza.

Estrechóle con más fuerza la mano y empezó a darle de un beso hasta mil.

—No dejaré nunca la casa si usté lo quiere, padre; viviremos juntos aquí yo y Bernardo, y él podrá ocuparse en la labor como su voluntá de usté ordenare.

—Quita si no quiés que te jogue el piscuezo. ¡Conque es decir que amor tan aguo es el tuyo que así atropeyas por to, sin querer dar la cara a quien te propone vivir holgadamente y traer a la nuestra su hacienda!

—Yo no quiero a Antolín, padre.

—Otros hay que pués querer.

—Ni a Antolín ni a Primores.

—Pos no has de jacer tu gusto, tunanta. Mira, san acabao las contemplaciones. Bien te he tratao hasta aquí, pensando que darías tu brazo a torcer, pero toma bien de memoria lo que te digo.

Atentísima quedó Rosalía, inundado el pecho de sollozos y viendo alzarse nuevos obstáculos ante ella.

—No has de ir a fiesta—añadió el terrible tío Justo—ni a jolgorio ninguno ni a cosa que dé ocasión a que ese perdío te jable.

De casa no has de salir sin mi consentiá, y no podrás asomarte a la reja.

Yo te daré Melnardo y te jaré sentir quién soy yo.

Pa acabar: como alvierta que tratas de salirte con la tuya, te pongo las peras a cuarto y te las espacho con los puños.

Suspensa e imaginativa quedó la moza, y usando del arma de la mujer, del llanto, púsose a suspirar con desconsuelo.

Pasaba esta escena, conteniendo ella los sollozos, para que no fuesen oídos, y hablando quedo el padre, porque era su modo de hablar reconcentrado y duro.

La primera en oir algo de la conversación fué la bondadosa madre de Rosalía: ¡siempre que llora el hijo la madre despierta!

Acostumbrada a los malos tratos de su marido, había adquirido la infeliz mujer un estado de atortolamiento que era su nota característica.

La señora Prudencia había dado a su voz un tono lloriqueante y había acomodado su palabra a una sola nota, aguda y doliente.

Había de hablar la señora Prudencia del asunto más indiferente, y, sin embargo, su voz era la misma, como si en todo caso suplicara.

Esta resignación, y el ser de una bondad infinita, le habían acarreado las simpatías de todo Guedeja, el cual creía a la mujer a dos dedos de la santidad.

Acentuaba más esta simpatía la indignación constante de todos contra aquel bárbaro de tío Justo, compuesto de cerdo y de hombre, que trataba a su delicada mujer y a su hija lo mismo que si fueran dignas del más hondo desprecio.

No había para la señora prudencia diversiones.

Metida en su casa, cuya sombra había dado a su tez de mujer añosa la suavidad y distinción que tiene la de las personas nobles y ricas, lo más que se permitía en días de paz era sentarse al lado de la reja.

Sin embargo de lo inocente de esta distracción, se conocía que era grande fiesta para su espíritu.

—¡Válgame Dios, Justo!—rompió en palabras humildes la pobre—. Todavía no echa Dios sus luces, y ya estamos de disgusto. ¿Qué nueva cosa viene a desesperarte, hombre, para que te pongas tan duro con Rosalía?

—¿Estás aquí ya tú?—resolló—. Igual eres tú que ella. Si no cobijaras sus culpas, no sería ésta mala hija.

—¡Jesús María, hombre! ¡Cómo empiezan las vísperas de fiesta! Ahora que llevábamos unos días en sosiego y todo iba como una seda, vuelve a atascarse el carro. ¿Por qué ha sido el disgusto? ¡Válgame Dios!

Y con una solicitud llena del más suave cariño:

—Anda, Rosalía—clamó dirigiéndose a la hija—anda y arréglale a tu vestío los bullones, que no vas a tener tiempo de acabarlo.

—Pa lo que quiere, bien que tiene tiempo de sobra esta tunanta. Más valía que en vez de estar toa la noche de palique y de pensar en perifollos, tuviera más empeño en obedecer a su padre—clamó éste, colérico y terrible.

—¡Qué quieres que jaga a sus años, hombre! ¿Quieres que se meta en un rincón a echar kirieleisones?

—Pos ya le he leío la cartilla. Como no obeezca a lo dicho, juro que he de tomar la justicia por mi mano.

—Vamo, anda, mujé; avísale a tu tía que se levante y te ayude a arreglar la casa; yo voy a regar estos dompedro antes que el sol llene la fachá.

Y tomando cada cual por su lado.

—¡Válgame Dios, con tanto dijusto!—repetía doña Prudencia internándose casa adentro en busca de la regadera.—¡Válgame Dios, qué cruz!

V

LIMPIEZA GENERAL

El porracear formidable de unos talones sobre el pavimento indicó que aparecía un nuevo personaje en escena.

Era una hermana del tío Justo, una idiota con estatura de gigante y rostro de carátula, uno de esos seres que parecen el castigo de las familias.

Anita, como se hacía llamar ella; *Anaza,* como le decía la mayor parte de la gente del pueblo, y

¡Anona, Anona,
cuerpo de gigantona.

como la designaban en son de crítica los muchachos.

Fea hasta dejarlo de sobra, horrible hasta producir hartazgo e indigestión, su rostro era un conjunto de anfractuosidades entre las cuales asomaba la idiotez con una perpetua risa de deseo, con un vivo alegramiento de la carne.

Oír las garrulerías de Primores, que con el pretexto de tropezar con los

ojos de Rosalía entraba en la casa y daba en tono de broma insustancial conversación a la giganta, era la alegría suprema de ésta.

«Anita por aquí, Anita por allá, rosa de Alejandría, capullo de cien hojas, flor del jardinito de mi alma, girasol, paloma», eran los motes de la letanía del mozuelo, que puesto que era en broma su amor, hacíaselo delante de todos.

Apareció Anita en la puerta, y quien no estuviese acostumbrado a afrontar de pronto aquella cara y aquel cuerpo, echaría un paso atrás.

Conforme se abrían las puertas de las casas, se reanudaban las escenas de limpieza, volvía a oírse el retintín de la cristalería pasando bajo los chorros de agua, y todo adquiría el entusiasmo que se advierte en vísperas de fiestas.

A la puerta de alguna casa reuníanse varios chiquillos con los perniles remangados, los rostros dados de sucias pinceladas.

En un descuido atrapaban el jabón del fregadero.

—¡Ché, mira! Date asín y repéllate, que vamos a jacer pompas—decía uno

La frotación pasaba de mano en mano.

—Ahora soplad como yo, ¿eh?—agregaba el primero.

El aire dibujaba por debajo de las manos una bolsa cristalina que crecía, se agrandaba, poníase oronda y turgente ensanchando sus elásticos muros, y tomaba después la forma de esferoide, hasta que cerrábase la película frágil, y lanzábase al aire con ruidosa algazara de los chiquillos, que la seguían encantados de sus juegos de iris y sus luces.

Los cerrojos lanzaban a modo de bostezos de sueño al dejar paso al día, el cual daba movimiento a las personas y llenaba de ruidos las casas.

En la de Rosalía no flotaba la atmósfera de júbilo que respiraba el pueblo entero preparándose para recibir a la Virgen.

Rosalía pensaba en sus pretendientes amorosos: en Antolín, que ya le había hecho su primera visita de novio; en Primores, que la dejaba en absoluta indiferencia, y en Bernardo, que era la atracción constante de su alma.

VI

BUSCANDO AMORES

Muy ajeno a las desagradables escenas que ocurrían al amanecer en casa del tío Justo, echábase del lecho, en su cortijo, distante del pueblo, el mínimo cuanto apasionado Antolín, dispuesto a hacer su segunda visita de pretendiente a Rosalía, que era luz suave que alumbraba las noches de ciego afán de Antolín.

Era éste el primogénito de la casa de León Cumbrales, cortijero el más rico de Iznayas, partido que lindaba con el mar; contaba próximamente treinta años, y alzaría poco más de un metro del suelo.

Tenía patillas de un negro brillante que resaltaban sobre el mate pálido de la tez, nariz correcta y preciosa que parecía tallada en marfil, labio pulcramente rasurado, con lo azul que deja la tonsura en una barba frondosa; cejas de arcos tan correctos como los cantados por Bernardo de Valbuena.

Este primor de hombre daba complemento a su persona cuando echaba la particularísima voz de su cuerpo.

Era ésta un débil pitido, una «hebra de nota», un penetrante acento de mosquito, pero acento que se ajustaba a las diferentes entonaciones de los períodos hablados y producía todos los matices en agudo.

—Antolín—decía a su hijo el sesudo y honrado León,—ándate con pies de plomo en esos amores y condúcete como debes, que se trata de familia desavenía entre sí, y según es el viento debe de ser el tiento. No tengamos conque, si te casas, dao que ella consienta, la moza resulte astilla de tal palo.

—Sabio me tengo de coro—decía la hebra sonora—cuanto me platique al caso, padre; na tiene que ver Rosalía con el suyo, y si el dicho dice que de tal palo tal astilla, cuando el palo es tronco e rosal como es la madre, del palo no puen salir sino rosas.

—Atempera, Antolín (voz de sochantre) y no sueltes los frenos a la pasión;

antes bien, mira y remira, al modo que lo haces al ir poniendo esos ropones encima del caballo, y no des un paso sin ver antes dónde.

Era como lo decía el padre: más cuidado ponía Antolín, como hombre que fija su empeño en agradar, en colocar con majeza las mantas y abalorios del aparejo, que en reflexionar los resultados que pudiera traer el ir a pedir amor y dulces miradas a quien tan solicitadas tenía las de sus ojos.

Lo particular de esta enumeración de pretendientes era que, excepto Bernardo, el cual sabía quiénes eran los que hacían rueda de pavo real a su novia, los demás, Primores y Antolín, ignoraban que Rosalía fuese por nadie rondada, y cada cual creía el camino expedito para recorrerlo en alas del deseo.

Pero el pueblo tenía más abiertos ojos, quizás porque sentía honda indignación hacia el padre de Rosalía, que así la maltrataba.

Cuando algunas mujeres vieron al de Iznayas entrar pueblo arriba a lomos del caballo, exclamaron: Ahí está *el mono que tiró el tiro.*

Puesto que hubo Antolín todos los bordados ropones del aparejo sobre el caballo, posó el pie en la estribera que hizo con las manos el psdre, y el mozo quedó esparrancado sobre la bestia, la cual enarcó con gentileza el cuello, tascó el freno, y revolviendo en un arrogante escarceo los brazos y destacando al gallardear con las ancas la lustrosa y redonda culata, pisó el dintel de la vereda y relinchó al tender los ojos por el paisaje.

¿Quién era Antolín Cumbrales y qué contrapeso tenía que poner a su escasa estatura para lanzarse así detrás de una moza tan bella como Rosalía?

El contrapeso era simplemente una olla de peluconas que León, el cortijero de Iznayas, tenía enterrada cerca del poste de la parra en el corral.

Cuando se lleva lastre, y es de oro, en el bolsillo, y se es dueño de una casa y de una hacienda, se marcha con una seguridad absoluta.

Atravesando las portadas de los lugares sobre el tren de sedas de su caballo y dejando atrás casas y casas del partido, donde tanta moza estaba penada por el pretendiente, buscaba allá en lo lejano, que es lo poético, el pueblo que guardaba a la mujer que llenaba su pensamiento.

En Guedeja, sólo el tío Justo, después de la primera visita de Antolín, había indagado qué casta de pájaro era el mozo y la hacienda que poseía.

Calcúlese si, dada la avaricia del padre de la moza, le hormigaría en el cerebro la idea de atrapar la exigua persona de hombre tan bien forrado de riqueza, y si tendría los cinco sentidos puestos en indagar quién de los dos, si el hijo de Cumbrales o Primores, sería dueño de mayor fortuna.

¡Cómo había de crecer su caudal—pensaba en un inédito monólogo el padre de Rosalía—cuando a sus trojes fuera a caer como cascada de oro el trigo que producía la hacienda de Antolín, y sus aceitunas fueran al molino unidas a las suyas, y su campo empalmara con los del mozo, haciendo la mitad del contorno suyo.

Pues ¡y si la olla de onzas de Primores reventaba en la Vicaría y dejaba a él, a su hija, al novio, anegados los pies en riqueza.

Pero el tío Justo parecía decidirse por Antolín, no porque valiera más su hacienda, sino porque ocupaba mucho terreno y la extensión deslumbraba sus ojos, hechos a correr sobre los campos.

El dinero se lo figuraba siempre el tío Justo en duros aparatosos y deslumbrantes, nunca en delgados billetes, y lo que le ocurría con el dinero le ocurría con la fortuna en campos y en hacienda: mucho terreno, leguas empalmadas de terreno por los cuales pudiera tenderse hasta un telégrafo.

Echando se hallaba uno de estos cálculos, cuando Antolín pisaba las piedras de Guedeja y entraba en el pueblo, cogiendo con su tren de sedas la calle.

Todos a una, las mujeres que hacían los fregados de los vasares en las puertas de las casas, los hombres que, con el escobón mojado en la cal o en el ocre, vestían de limpio las paredes, los chiquillos que escandalizaban con la alegría que les da la víspera de cualquier fiesta, prorrumpieron al ver entrar por la calle Real a Antolín:

Los muchachos:

—¡Ché! Mira, mira, vamos a ver el caballo.

Y zumbó una nube de rapaces con el ruido de una bandada de pájaros

Las mujeres, suspendiendo un instante su refregado

—Otra vez está ahí el mono que tiró el tiro.

—¿Si vendrá a hacer la segunda visita a Rosalía?—agregó una moza.

Algún mozo se fijó en las patillas, e hizo intintivo parangón con las sayas.

Otro aficionado a armas se fijó en la escopeta, que iba apuntando a la tierra.

—Pero tú no sabes lo mejor.

—¿Qué?

—Que esta mañana ha habío una de San Quintín allá en su casa.

—¿En casa de Rosalía?

—¿No oiste esta madrugá la parranda?

—Yo no.

—Yo la oí—saltó otra vecina que quería meter baza en la plática.

—Pues como madrugo—agregó la de antes—pasé frente a la casa del tío Justo una mijiya después que hubo estao allí la parranda.

—¿Y qué?

—¡Ay, hija! Yo no sé cómo hay hombres tan fieros en el mundo. Estaba el avaro del hombre dando voces a Rosalía y regañándola con duras palabras porque creía que Bernardo iba en la fiesta. Le decía tunanta, mala hija...

—Ese la va a matar, como va a matar también a la infeliz de su mujer.

—¡No hay un castigo del cielo pa estos hombres!—añadió, poniendo los ojos en blanco, la que llevaba la voz cantante.—Pero hay más todavía—agregó.

—¿Qué? Cuenta.

—Que cuando acudió la madre a las quejas de Rosalía pa evitar que el mal vao jiciera una trastá, el tío Justo le pegó una guantá a su mujer..

—¡Jesús María!—gritó con dolor una de las oyentes.

—Una guantá, y grande—recalcó la protagonista de la escena.

—Lo que debía Rosalía jacer era que la *sacaran*, que la sacara Bernardo.

—Eso digo yo; una cita, caballos con los padrinos y acompañamiento, y se hacía el *sacorio* sin que lo notara el padre.

—Además de mal padre, es ladrón—agregó la suscitadora del diálogo.

—Dímelo a mí—clamó con prontitud una de las mujeres.—Con el achaque de que él tiene un poco de to, si roba pimientos dice que son de los suyos; si uvas, que las produce su viña; si garbanzos, que son de su garbanzar.

—¡Si tendrá malicia el marrajo!

—¡Ay qué presiyo, hija!

—Presiyo y masmorra. A los tunantes así se les debe poner a la sombra.

No a la sombra, sino en plena luz y en mitad del extenso corral de su casa estaba el tío Justo haciendo un trozo de pleita, cuando tiró de su oído el trote de un caballo que se paró de repente a la puerta, y de él creyó ver bajar una especie de mono, que saltó de un brinco hasta el suelo.

Se aproximó el padre de Rosalía y vió que Antolín, después de atar el caballo a la reja, entró pasadizo adentro y dijo con el saludo clásico de la tierra:

—¡Dios guardastés, caballeros!

VII

EL CABALLO A LA REJA

—Vengasté con Dios—respondió echando chiribitas de alegría por los ojos el tío Justo.

Y alargó una silla al mozo para que se sentara.

—¿Y dónde bueno se camina?—preguntó echando la sonda el avaro.

Hizo primero Antolín un *¡psch!* que dió carácter al diálogo, y echando luego fuera el hilo de voz, lo envió al oído peludo y basto de su oyente diciendo:

—Me amosqué tamién como las gaviotas allá arriba y he tomao el camino de ellas. Cansa al cabo el golpea que golpea del mar, y una cana al aire en el pueblo da resuellos y espíritus.

—Quearán bien amarrás las barcas en la costa, porque parece que será cosa

segura el temporal. Afortunao el que tié cascos que amarrar y rees que tender.

—Algo hay que amarrar, anque no mucho, tío Justo, que la jacienda más está tierra aentro que en el borde del vaso—replicó el mozuelo, llamándole en el hiperbólico lenguaje andaluz vaso al mar.—Solamente se echan cuatro rees cuando el tiempo ríe; cuando está el mar picao, ni una.

—Pero habrá en cambio buenas obrás y fanegas por esas laeras arriba, ¿eh? —añadió el Luis Onceno de aldea.—¿Cuántas, cuántas fanegas podrá usté contar?

Antolín se canteó en la silla, restregando entre sus dos palmas la porción de tabaco de un cigarro, y aparentando indiferencia, dijo:

—*¡Psch!* No le faltara mucho a las diez mil fanegas.

Esperaba mucho el buen hombre, pero fué tan superior el número de fanegas al que él soñaba, que tartamudeó por efecto de la sorpresa.

—¿No estará mal jecha esa cuenta?—se aventuró a añadir.

—A eso hay que agregar—repuso el mozo—las obrás que me dejó mi madre al morir, que no bajarán de ocho mil, de manera que...

—¿Ocho mil de usté solo, mas lo que heree en llegando el caso?

—Así es—repuso modestamente Antolín, que no había mentido en una cepa.—No es fortuna pa oscurecer la de naide—agregó—pero se va viviendo de ella. Rinde libres al año un puñao de miles de duros.

Si Antolín se hubiese fijado, hubiera visto al tío Justo abrir instintivamente la mano cuando oyó hablar de los miles de duros.

—¿Y con ese apaño y ese vivir no busca usté una mujer con quien casarse?

—Atao está el caballo a la reja, tío Justo. ¿Qué quiere decir sino que busca amores mi visita?

—¿Será posible que haya usté puesto los ojos en esta casa?...

—En ella busco mi parejita.

—Mi hija poca fortuna tiene, a decir verdá, ni cosa de dinero.

—No es lo que más me gusta la regular jacienda que tiene Rosalía: lo que más me gusta de ella, tío Justo, es el garabato.

—No es desgraciá, según dicen...

Los muchachos habían metido mano a la cola del caballo y extraído un buen mazo de cerdas, con las cuales, uno labraba una sortija, otro hacía un primoroso castillo, y ninguno tenía la mano ociosa ni la boca callada.

—¡A ve si dejai la cola del cabayo!—dijo regañando Antolín.

Pero ellos, al oír aquel hilo de voz aguda y leve, empezaron a darse manotadas cerca del oído, como si les molestara un invisible mosquito.

Tuvo que intervenir el tío Justo, que hubiera aplastado a los muchachos que de tal modo venían a cortar conversación tan interesante para él.

Apenas pisó el escalón, la bandada huyó, dispersándose y gritando:

¡Anona, Anona,
cuerpo de gigantona!

—¿Conque esas tenemos?—agregó con labios de merengue al diálogo el viejo, apenas volvieron a ocupar ambos interlocutores sus asientos.

—No he de gastar mi juventú paseando los jaeces del cabayó, hoy yendo a un pueblo a ver a una moza, mañana requebrando a otra de otro lugar, y siempre lo mesmo; el hombre estao quiere, y lo que busco yo es una mujé de bien que me dé hijos y bienestar.

Cualquiera que no hubiera sido el tío Justo, hubiera soltado la carcajada al oir las comodidades que pedía aquel mono que apenas levantaba una cuarta de la silla, pidiendo larga sucesión.

—Es muy justo—repuso solamente el viejo—que en llegando cerca de los treinta el hombre se rodee de familia y goce las alegrías de ser padre.

—Sólo falta en este asunto—inició Antolín—que mis prendas agraden a la moza.

—No creo que ella ponga reparo ninguno a un hombre como usté—respondió a la objeción el tío Justo—, de prendas tan cabales y repleto de honradez...

—Ella no se sabe lo que dirá, tío Justo, y esto es lo que me atosiga y me jace pasar en claro las noches.

—Una mujer que está bajo mi félura tiene que conducirse con juicio y hacer lo que yo ordenare.

—Entonces, a mi tercera visita, veremos si es porra aentro u porra afuera.

Aludía Antolín a la costumbre de algunos pueblos de Andalucía, que consiste en llevar consigo el novio, al hacer la tercera visita, una porra toda emperejilada de lazos, la cual arroja a los pies de la moza, diciendo a guisa de declaración amorosa:

—*¿Porra aentro, u porra afuera?*

Si es favorable la suerte al enamorado, contestará la mujer la primera parte de la leyenda; si adversa, pronunciará la parte segunda.

La gala es llevar una porra que luzca una verdadera riqueza de lazos.

Considérese si lo que habría de llevar Antolín sería porra y cachiporra.

—¡De mí hablan, sí!—confirmó desde luego Anita, cuyo cerebro no necesitaba mucho para convencerse.—¡Me piden por novia! ¡Por fin!

—Tío Justo—dijo levantándose para irse Antolín—, no falta más sino que empatemos la moza y yo en esta cuestión. De aquí a tres días volveré a atar el caballo a la reja.

—La pa e Dio sea en esta casa—dijo entrando a tiempo que se despedía Antolín el dicharachero Primores, cortando las palabras del primero.

—Pasao mañana, primer día de las fiestas, dese por convidao—pronunció en tono de última despedida el tío Justo.

—Vendré—contestó solamente el mozo.

VIII

GAVIOTAS Y LAGRIMAS

—¿Qué majeza es la que sale de casa, tío Justo?—preguntó Primores.

Sorprendido el viejo por lo inesperado de la demanda, quedóse como aquel a quien preguntan qué es cosa y cosa.

Vínole a sacar de su apuro la presencia de Anita, que una vez que oyó la voz de Primores empezó a chorrear deseos de ponerse al habla con él.

Avanzó con su estatura de gigante cocina adentro, y cortó la atención del mozo, que escudriñaba en la cara del viejo la respuesta.

—Venga con Dios—dijo el mozuelo—venga con Dios el rosal de pitiminí, la mata de clavellinas, la postura de claveles de oro, y diga: ¿qué mozo es el que sale engalanao de tales galas y ata el caballo a la reja?... Al redopelo traes las memorias, Ana, y con ese han de llover los novios que te pretendan.

Viendo que Primores mismo le indicaba la salida, el tío Justo aprovechó el ningún juicio de su hermana, que seguramente había de creérselo, y

—Así es—contestó.—Jace un momento me decía Antolín que se había fijao en Ana, y que por buenas o mediante *sacorio* habrá de llevársela de la casa.

La doncellez no tocada de Anita se cubrió de un rubor premioso, y a tiempo que se iba hacia el corral el tío Justo encogiéndose de hombros, contestó la grandullona haciendo confianza en el mozuelo:

—He oío la conversación; Antolín dice que está loco por mí, que a la tercera visita echará la porra a mis pies y sabrá lo que le contesto.

—¿Y qué le responderás, Ana, cara bonita, manzano lleno de flores?

No sólo dijo Ana que *sí*, dijo que *resí*.

—Quien ha de llevarte en sacorio a lomos de un caballo, es mi persona; cuando yo me acerque y te diga tal noche a tal hora, tú huye tras de mí.

Esto que decía Primores a Anita no la hubiera hecho jamás, pero sí le hubo pasado alguna vez por el magín decírselo a Rosalía, y hasta ponerlo en práctica.

No ya de escapar a caballo con el mozo, de escapar a pie y a través de riscos y breñales hubiera sido capaz la mujer.

En estancia contigua a la en que sonaba este diálogo, y cumpliendo el cautiverio impuesto por su padre, miraba Rosalía con resignados ojos, colocada cerca de una puerta que daba al campo y al mar, aquella colosal flotación de alas blancas que seguía en inmenso desfile sobre el pueblo.

Al borde del mar veía los fuertes pescadores mover los cascos pesados para ponerlos a salvo de las olas; miraba los granujas marinos, los charranes de playa, producto de las costas de Málaga, cruzar con las cargas de redes, con las cuerdas ásperas de la *tralla,* con las levas hinchadas y los corchos húmedos, a guarecerlos en las casetas de madera.

Estaba algo picado el mar, pero aún no traspasaba los límites donde de ordinario venía a abrir sus sonoras lenguas de espuma.

Algunas nubes esponjosas y claras corrían por el cielo llevadas en alas del aire, e iban proyectando su sombra sobre los caseríos lejanos, sobre los árboles que removían sus hojas asustadas como presintiendo un rudo combate, sobre las huertas simétricas donde la noria dejaba oír el penetrante chirrido de las ruedas, sobre los paseros con los últimos racimos tendidos a secar, y sobre la orla de los cañaverales, que a cada empuje del viento desentumecíase como la ola, diseñando series de curvas elegantes.

Y siempre iban desfilando las aves, siempre salían en nuevos y apeñuscados ejércitos del mar.

Rosalía, en fuerza de mirar la agitación de blancura, se había acostumbrado al deslumbramiento.

Mecida su alma de este modo, pensaba con pena que habría de tener por fin que aceptar la proposición que le hizo Bernardo la última noche en la reja, que tendría que ser depositada ante el juez y los padrinos en una casa de su confianza hasta tanto que llegara el día de su boda.

La modestia de Bernardo, sus actos de hombre serio y de honor, su tesón que denotaba lo que tanto gusta a una mujer, un carácter, y su hosquedad misma, se habían metido en su alma, sin que ella fuese parte a evitarlo, y comprendía que no podía ser de otro hombre, sino solamente de aquel que la amaba casi con la cortedad de confesárselo.

No quería, sin embargo, dar un mal paso, conducirse de un modo que pudiera deslustrar su decoro, dar disgusto alguno a su madre.

En su apuro no hallaba otra salida que aceptar la idea del sacorio.

Aceptarla; pero ¿cómo decírselo a su madre?

Si Rosalía se iba de su lado, ¿qué sería de la pobre vieja, sola en aquellas estancias, oyendo siempre las interminables reprensiones del esposo?

Por un momento creyó ver a la infeliz abofeteada y tirada por tierra, y sintió que se le removían de sentimento las entrañas.

La visión fué rápida y perfecta.

Corrieron de sus ojos las lágrimas y declaró a la soledad su tormento.

¡Qué triste vió entonces la agitación de alas blancas pasar con su deslumbramiento cándido ante ella!

Todo lo que descubrían sus ojos, la huerta que recogió tantas inmotivadas risas de su niñez, el estanque en cuyo fondo vió por vez primera reflejado el misterio sublime de los astros, las vides de Septiembre con su corona mustia de la cual se empezaban a caer las esmeraldas, todo trajo los recuerdos de horas pasadas a su mente, y el patrio amor y el maternal cariño se fundieron en un solo raudal de llanto en su pecho.

Desatado el raudal de su pena, lloró inmóvil y callada.

Junto a la reja seguía ensartando palabras el segundo pretendiente de Rosalía, que tomaba por parapeto a la idiota para echar los ojos encima a la hija del tío Justo.

IX

CONTRA VIENTO Y MAREA

No solamente en el pueblo se ponía todo saltando para recibir las fiestas de la Virgen y se fregaban en cada casa vasares y peroles; también en la playa se sacaban los últimos *copos.*

Unase a esto los preparativos contra el temporal en toda la costa, el afian-

zamiento de casetas a los puntales fijos en la arena, el guardar levas y maromas, y todas las tareas que los pescadores de Guedeja ejecutan con la alegría de quien va a dar la espalda al trabajo durante varios días, y se tendrá idea del hervidero de vida, de los cantos, del bullicio que animaban la orilla del mar.

Empezaba a caer la tarde.

Sólo una barca entraba mar adentro cuando salían las demás.

Era la de Bernardo, que iba en compañía de su gente.

Había sacado el mozo por la mañana considerables arrobas de pescado; pero su idea fija y tenaz, la idea del sacorio de Rosalía y el considerar que si lo verificaba habría de casarse a más andar, y todo el dinero sería poco, le impulsó a tender de nuevo las redes para sacar nuevo producto.

Ignoraba Rosalía la decisión de su novio. Le había visto pasar no lejos de su casa, ya terminadas sus faenas, y estaba segura de que el barrunto de tempestad no era voz de previsión para Bernardo.

Con el mismo desprecio con que juegan los pescadores sus escasas monedas a las cartas, juegan diariamente la vida entre las olas.

Un golpe de agua más dentro del casco, bajar unas veces más a los abismos trémulos y montar en las crestas furiosas es para ellos dar varias chupadas más o menos al cigarro.

Saldrían bien de la lucha, como habían salido tantas veces.

—¡Sos vais a arrepentir!—gritaron varios, presintiendo lo que no dudaban ya los tripulantes, que habría lucha y tempestad.

Algunos volvieron los rostros para mirar con estupor aquel casco lleno de héroes que se perdían mar adentro, y nadie volvió a ocuparse del asunto.

Picaba el sol, y las nubes, blancas como de día de bochorno en el Mediodía, se ensombrecieron y tomaron un cariz sañudo, como el de unas cejas que se juntan antes de que relampagueen de ira los ojos.

—¡Tira, que viene encima el agua!

—Tira, tira, que va sale el copo!

—¡Tira, tira!—gritaban con su voz característica los barqueros.

Y doblaban el cuerpo de bronce bajo la cuerda que iba enredada a las maromas.

La serie de figuras tostadas clavando los pies en la arena y dibujando sus escorzos violentos, daban magnífico tono de fuerza al cuadro que se destacaba a lo largo de la costa.

Un vocerío de entusiasmo, un clamoreo de victoria por el copo que se aproximaba repleto de peces, una a modo de oración salvaje acompañada del canto del mar, que salía de todas las bocas, subía por la atmósfera, cargada de electricidad, y se derramaba por las playas como un acorde religioso.

Quien no haya visto este momento del mar, este instante supremo en que el pescador presiente la carga de peces que arrastra y se deshace en himnos de gracias a la Virgen que desde una gruta de las rocas mira las tempestades y las bonanzas, no ha sentido la emoción profunda de las playas.

Los hombres que en su trato brutal y en su lenguaje fiero arrojan por los labios como un caño de inmundicias el idioma, los mismos que hacen relampaguear la faca en medio de un derrumbamiento de copas en la taberna, y que atraviesan un pecho en un arrebato de pasión, llegan al más puro arrebato místico cuando las redes se acercan con su carga de riqueza a la costa.

Algunas gotas empiezan a clavarse como saetas en la arena.

Un vibrante rasgo azul, de una viveza ofuscadora, parte del fondo del horizonte y deja ciegas las retinas.

Es que la tempestad arroja su vaho de fuego en el espacio.

Las mujeres corren, presintiendo un no frecuente temporal, a la explanada desde donde se mira toda la extensión que ocupan los pescadores.

—Algunas, puesto en el cuerpo un saco hecho jaique, bajan a la playa a ayudar a sus maridos para que no les sorprenda el aluvión en la ribera.

—¡Si será como el de ogaño el temporal!—clama una mujer mientras se santigua en medio del esplendor de un relámpago.—¡Si será como aquel que dejó rotas las barcas en la costa y mató al hijo de la Petra!

—Mientras no esté en la playa su hijo de usté...

—¿Bernardo? Sacó su copo hacia la mitá del día. Pero, aunque no sea mi hijo, considera el estrozo de las olas y que alguien pué haber en el mar.

—No, porque naide habrá salío.

—¡Tía Frasca, tía Frasca!—resolló un rapaz.—Su hijo de usté ha salío a echar la barca y está en la mar con la gente.

—¿Mi hijo? ¿Qué dices?

—Sí, yo mismo lo he visto y toa...

—¡Dios de Dios!—rugió la madre.—¿Pero lleva ya rato dentro?

—Debe es... vuelta.

—¿Qué? Habla, habla.

—Que debe estar ya de vuelta.

Más veloz que el telégrafo la desgracia, corrió por el pueblo la noticia de que Bernardo se hallaba corriendo la borrasca.

Rosalía dirigió los ojos a la playa con ansia extraordinaria, infinita.

Las crestas doblaban ya a una grande altura sus blancos penachos con la majestad de las sublimes borrascas del mar.

Blancos desgajamientos de espuma florecían el dorso de la onda, que verde y turbia formaba un arco gigantesco, y lo derrumbaba con estrépito bronco y formidable.

Las lenguas rumorosas se abrían y alargaban más allá del límite marcado a su carrera.

Bernardo adelantó a golpe de remo la media legua; pero al poner la popa a Africa y la proa en dirección del pueblo, barrió una ola deforme dos remos de mano de los pescadores y azotó el casco combatido; otro golpe de mar arrancó el cerebro a la barca, el timón, y quedó hecha una autómata del agua.

Empezaron aquí las angustias horribles.

Bernardo, como tallado en la barca, dirigía las maniobras del remo, transmitiendo a todos su presencia de ánimo.

Pero las palas azotaban a veces el vacío en las concavidades que descubría el mar tremendo, y otras veces chocaban de pronto con la masa ingente que impulsaba el casco y lo lanzaba al cielo, subiéndolo por filo de una cresta.

Desgarradas las camisas bajo las cuales los pechos se hinchaban con aspiraciones soberbias, remangados los brazos que enseñaban la anatomía de bronce, chorreando agua salobre por los cabellos retorcidos y crespos y siempre con un eco gutural en las gargantas, con una especie de ¡hurra! frenético, de excitación delirante, defendíanse los hombres de las fauces del abismo.

—¡Eó, eó!—gritaba siempre Bernardo.

Las mecidas trágicas de la nave veíanse desde la costa.

—¡Miradlos, miradlos!—gemían con acento de compasión infinita al contemplar la instantánea visión desde las rocas.

Luego corría el clamoreo por toda la playa, donde la gente se encaramaba sobre las piedras.

La Frasca enredaba las manos a sus cabellos para tirar con fuerza desesperada.

El dolor de su alma borraba todos los dolores de su cuerpo.

Al querer abrirse paso por las olas, el mar, como si ella no fuese mujer ni madre, la envolvía, la arrollaba y la escupía como un salivajo a la arena.

El mar atrajo como un imán todo el pueblo.

Rosalía acudió también, saliendo por la puerta que daba al campo.

A uno de sus gritos volvió la cara toda la gente.

—Ved; Rosalía es, Rosalía que mira la desgracia de su novio.

—¡Oh!—clamó con lástima infinita el cuadro entero.

—Ahora podrá el padre casarla con uno rico—dijo una mujer—indignada.

La nave asomó de pronto, cuando nadie menos la esperaba, a una distancia de la playa que sorprendió a todos por lo corta.

Un clamor sublime dominó el estruendo del mar.

En seguida la ola misma llevóse mar adentro la barca.

En ella eran ya los hombres, más que remeros, visiones.

De un modo mecánico movían perpetuamente el remo y obedecían el *¡eó, eó!* como un ¡hurra! valiente de Bernardo.

El desgajamiento de una ola deforme, colosal, echó entre uno de sus pliegues el casco a la orilla, que se volcó al encallar en la arena.

Los hombres cayeron en tierra, con un ahogamiento espantoso.

Bernardo seguía clavado en la barca.

Acudieron a rodearle hombres, niños, mujeres, cuanta gente presenciaba atónita el suceso, y antes que nadie, la madre de Bernardo y Rosalía.

Ambas, con los ojos agrandados por la emoción, alargaban los brazos para recibir en ellos al héroe y hacerle bajar hasta la arena.

—No paece sino que uno no tiene pies pa bajar—masculló hoscamente Bernardo, con vergüenza de que le prestaran auxilio mujeres.

Y rechazando a ambas, saltó del borde del casco a la playa.

Todo el mundo se postró entonces de rodillas para entonar la oración de los pescadores después de la salvación de un naufragio.

Al estruendo del trágico que seguía dando tumbos en la arena, se entreoyó a la última angustiosa luz del crepúspulo, entre las rachas furiosas de la tempestad y el valiente acorde de las olas:

«Salve, María, faro sublime,
luz de las playas, reina del mar...»

X

LA CONJURA

Por la noche hubo más malos tratos que nunca en casa del tío Justo.

—¡Haber ío esta mala hija—decía el viejo—haber ío esta tunanta detrás de ese pescaorcillo porque tuvo un mal tropiezo en las olas! A fe que si yo me muriera no habrías de tomarlo tan a pecho. ¡Valiente hija de su madre! No, pues lo que es de mí no se burla ninguna...

Y una bofetada dada a la belleza de aquel rostro, donde tenía su más puro altar la modestia, fué la señal de la elocuencia persuasiva del hombre. Se echó a llorar Rosalía de sentimiento, no del dolor que le produjo la mano del bruto.

—Aquí se ha de jacer lo que yo mande y me se ha de obedecer en tó.

La señora Prudencia paró la nueva bofetada que iba dirigida a su hija.

Esta, sufrida y resignada, ni hizo ademán siquiera de evitarlo.

—Hombre, no ha hecho mal en ir a la playa, que está un paso, a ver si podía prestar auxilio a alguien. A la playa fué todo el pueblo.

—Es que ella iba en busca del novio, en busca de ese a quien no ha querío tragarse el agua y nos hubiera dejao en paz.

—Hombre, Justo, marido, deja a la muchacha y no la trates de ese modo. ¡Válgame Dios con tu rigor! ¿Hace ella algo que no sea bueno por acaso?

—No vengas con sermones esta noche, porque juro a Dios que a ti y a ella os he de aplastar bajo mi puño. Eso faltaba: que vinieras tú ahora a defender como siempre sus fechorías y a darle alas pa que vuele.

—¡Jesús, que noche, hombre, Jesús, qué noche! Bien podía hacer la Virgen el milagro de volverte el buen humor.

—¿Luego eso quiere decir que yo soy un furioso, un loco que doy malos tratos a mi familia? Ven acá, mala vieja, que vas a ver lo que es bueno.

—¡No, padre! ¡no! ¡no!—gritó horrorizada, yendo al encuentro del hombre Rosalía, a detenerle la mano con que hizo acción de coger a la infeliz Prudencia por el pelo.

Un golpe dado en la puerta, seguido de un traqueteo formidable, suspendió la acción terrible del avaro.

Aplicó éste el oído en medio de un repentino silencio, y percibió el correr de un pelotón de chiquillos que habían estado oyendo la riña.

Una voz, sin embargo, que no era de niño, sino bronca y dura, dijo desde fuera, soplando las palabras por el ojo de la cerradura:

—¡Ladrón, lobo, mal padre!

Era un mozo de los varios que, sospechando la gresca que habría de armarse en casa del tío Justo por la bajada de Rosalía a la playa, habían ido a rondar la casa, por si llegaba un momento supremo.

Alejo fué el de la voz. Indagó con el oído a través de la cerradura, y nada pudo escuchar. El mar únicamente seguía con su trajín de cíclope.

Fuése el mozo, seguido de los que le acompañaban, a la taberna, que era ateneo, café y círculo de Guedeja, y luego de echar una ronda por cuenta de Alejo mismo, clamó éste con algo de aire tribunicio que le comunicaba el caso extremado y la indignación de que se hallaba poseído.

—Esto—dijo—es menester que acabe. En el pueblo no es posible que queramos verdugo, porque aquí no hay a quien llevar al tablao.

Si ustedes me ayuan y Bernardo quiere, se arman los preparativos de sacorio, y el que ha de ser su novio que se lleve a Rosalía y la libre de manos de ese bribón.

—Pero ¿qué ha habío, muchacho, qué ha habío?—preguntó en tono de chismorreo la tabernera, a la cual se la alegraron los ojos así que oyó que se trataba del noviazgo que era ya el tema constante del pueblo.

—Na—contestó un mozo largándole dos buenos pares de tragos al vaso;—que ese marrajo se ha empeñao en matar a Rosalía.

—¿Su padre?

—Su padre, sí, que le vamos a dar un susto gordo si sigue ofreciendo ese espectáculo al pueblo.

—¡Ay, jacen ustedes bien! Una moza como una plata—añadió la escanciadora de copas,—una moza que no tiene naide por qué ponerle pero, y ese indecente la maltrata como a un presiario.

—Hay que ver lo que se jace—dijo recogiendo su roto discurso Alejo;—hay que ver, o de espantar a ese avechucho de Guedeja, o de que se prepare el sacorio si están conformes las partes.

Tú, Caetano—dijo dirigiéndose a uno de los mozos presentes,—llégate y dile a Bernardo que venga.

Como si fuese cosa de comedia, asomó en aquel instante el ex-náufrago tan impasible y sereno como si nada le hubiera sucedido.

—Manuela, arrima un vaso más a la ronda—ordenó el que guiaba la conjura, y ocultando el mozo el caso de los palos de aquella noche a Rosalía.

—Te había mandao llamar—añadió—pa proponerte una cosa que píe too el pueblo.

—Tú dirás.

—Que estamos toos dispuestos a jacernos de caballos, a hablarle al juez y a ayuarte a que saques a tu novia. Ese bárbaro del padre la va a matar el día menos pensao.

—¿La tocao hoy quizás al pelo?

—No lo sé; pero, si no es un día, otro la va a quitar de en medio.

—Si es que no le quito yo antes a él—respondió Bernardo.

—Pa evitar eso, es pa lo que queremos hablarte.

—¡Asín es!—respondieron en confusión los que se hallaban en la taberna.

—Tú debías decir que sí—atravesó la dueña;—debías recoger el ofrecimiento que te hacen los mozos, ponerte de acuerdo con Rosalía pa la noche que había de ser, y *sacarla* pa acabar de una vez de verla sufrir.

—Eso es lo que decimos toos—añadió el partidor de nueces.

Tú tienes al pueblo de tu parte, al juez, a los amigos: o sacas a tu novia antes de dos días, o ese perro ladrón se va a quear sin alguna costilla.

Y como tuviera Alejo en las manos una ficha de dominó, e hiciera ademán de partir, la ficha cayó de sus dedos hecha dos pedazos, que reconocidos se vió que eran las dos partes iguales del blanco doble.

—Eso es el tío Justo pa mí—agregó viéndolas el mozo,—un blanco doble que no tié ni siquiera media manguzá de mi mano.

—¿Queamos conformes en que acetas?

—Hablaré, a ver—dió por toda contestación Bernardo, siempre sobrio.

—Entonces—peroró Alejo de nuevo,—esta noche damos una música a Ro-

salía; tú mientras, hablas con ella por la reja, y si el padre gruñe, por la cuenta que le tiene, oirá la parranda con pacencia. ¿Qué decís, muchachos?

—¡Que sí, que sí!—se oyó en diferentes tonos de voces.

—Venga otra ronda por mi cuenta—repuso Bernardo, que sabía quedar en todo caso como el primero.

Chocaron nuevamente las copas, alegráronse los ojos con el entusiasmo y con la fuerza del vino, pidió uno la guitarra, otro descolgó los platillos, arrancó otro con la concha una sarta de notas árabes a la bandurria, y echóse la parranda a la calle para dejar en el santuario de cada reja una copla.

Bernardo fuése a rondar la casa de Rosalía para hacerle la señal de los casos extremos, con la cual sabía la mujer que tenía que salir a la reja.

Alejo dió comienzo a las coplas de la parranda, y lanzó con voz fresca este cantar, interpretando el estado de ánimo de Bernardo:

¡Cuándo quedrá Dios der cielo
y la Virgen de la luz
que tu ropita y la mía
las guarde el mismo baúl!

XI

MURMURACION EN LA IGLESIA

—¿Conque mayordoma, doña Hortensia?

—¿Ha visto usted, doña Ana? ¡Casualidad como ésta de salir mayordomas el mismo año!...

—No es malo para que luzcan las fiestas de la Virgen; buen tiempo durante la vendimia, muchas cajas de pasas que darán de sí buenas onzas, y alegría y juventud en el pueblo; si éste no es un buen año...

—Así lo creo, y aparte del temporal que tal susto nos dió, no frecuente en esta costa, hoy ha amanecido un día hermoso; echa chiribitas el sol.

—La Virgen no podía portarse de otra manera; sabiendo lo que se divierte Guedeja en las fiestas, ha querido decir: allá van días de oro.

—Tras una noche de borrasca, porque mire usted que la hubo, y buena, anoche, no sólo en la playa, sino en casa de ese avaro que Dios confunda.

—¡Ave María Purísima! Mujer, que estamos en la iglesia.

—Anoche dieron parranda, como usted sabe, a Rosalía, y fué con el objeto de que hablara mientras con ella Bernardo y arreglara qué noche habían de llevar a término el sacorio.

—Pero ¿qué, la saca?

—Tras de eso anda; más diré a usted, doña Hortensia; pero por Dios que es un secreto, y de saberse llegaría a oídos de ese condenao de tío Justo y vendrían los planes por tierra.

—Pierda usted cuidao.

—Verá usted... Mas tome usted asiento en esta silla, y adornará más descansada ese lado de las andas; esta costumbre de que las mayordomas vistan de flores y telas las andas de la Virgen y le cuelguen sus hileras de campanitas de plata, a mí no me disgusta.

—Ni a mí, pero siga usted con su cuento.

—Historia y muy historia, doña Hortensia.

Verá usted. Mi hijo, como le he dicho, era de los de la parranda; por él sé que se han propuesto todos los mozos, o ayudar al sacorio de Rosalía sin que se entere el padre, o matar a disgustos a ese bribón.

—¡Mire usted que a lo que ha llegao ese escándalo!...

—Pues a más tiene que llegar todavía, usted no sabe... Pues verá usted. Bernardo fué y habló primero con Rosalía por la reja, aprovechando un mido del bribón, que no la deja ni a sol ni a sombra.

No se habían acostado en la casa del tío Justo, y por eso pudieron cambiar algunas palabras.

Terminaban ya la plática, señalándose día y hora para el sacorio, cuando sin que hubiera necesidad de que los mozos avisaran con coplas a Rosalía de que Bernardo necesitaba hablarla (pues que lo hacía en el momento), desembocó en la calle cerca de la casa la parranda, y, ¡Dios mío de mi alma!, no sé cómo fué, pero al ruido acudió a la reja el tío Justo y cogió a la muchacha hablando con el mozo.

—¡Jesús! ¿Y qué hizo?

—A eso voy. A Bernardo no pudo hacerle nada porque tenía los hierros como defensa, pero a ella la cogió de un brazo y del primer tirón la hizo dar de boca contra el suelo.

—¡María Santísima! ¡Qué hombre!

—Eso dijo la pobre madre, que acudió a los gritos y a los ayes; pero ¿sabe usted, doña Hortensia, lo que hizo entonces ese mal alma? ¡Si es un condenao! Fué y derribó también de un golpe terrible a la infeliz.

—Dios debía hacer un milagro con hombres tan malos como ese!

—Ya puede usté suponerse el jaleo, las voces, el escándalo, el barullo que se armó en la calle con este belén.

Hubiera seguido hasta no sé qué hora de la noche, si a uno de los mozos no se le ocurriera un ardid que acabó de un modo doloroso para el tío Justo, pero que puso remate a la escena.

—¿Y qué fué ello, doña Ana?

—Cuando más engolfao estaba el bribón sacudiendo manotadas a su mujer y a su hija, Alejo va y llama a la puerta y dice:

«¡Abra usté a la justicia!»

Inmutóse el de dentro al oir que llamaba a su puerta tal huésped a tal hora, y no sé si maquinalmente, no sé si empujado por su misma conciencia, hija mía, lo cierto es que quitó el hombre la tranca a la puerta y puso de par en par las dos hojas.

—¿Y entonces?...

—Como la argucia de Alejo era sólo porque quería darle al padre dos palos...

—¿Qué?

—Que se los dió; pero no fueron solamente dos palos de padre, fueron de padre y señor mío. Le presentó primero el garrote, como si fuera la vara de la justicia, y le dijo: «¿Reconoce usté en este bastón a la autoridad? Pues con él le sacudo a usté dos estacazos para que no se los dé usté todos a esas infelices.»

La mayordoma que oía, hacia el final del relato, ya ni escuchaba, ni miraba, ni hacía cosa alguna más que abrirse literalmente de risa y limpiarse las lágrimas con el pañuelo, imaginándose representada la comedia sugerida al mozuelo.

—¡Ay, qué dos palos tan bien daos!—decía.—¡Qué dos palos daos con tanta gracia!

—Pero usté está enterada de todo, doña Ana.

—No me gusta andar de ceca en meca ni de Herodes a Pilatos, oliendo aquí y fisgando allá, como hacen otras que jamás cesan de darle al talón en provecho de su curiosidad; pero oigo, y veo, y comparo, y junto cosas y dichos, y el resultado es que no se me escapa nada.

Vaya que no se ha fijado usté en una cosa.

—¿En cuál?

—En el mono que viene de Iznayas a hacer sus visitas a Rosalía, en Antolín.

—Sí que lo he visto, pero no sé con qué fin viene.

—Toma, pues estará usté tonta. ¿No ve usté que ata el caballo a la reja de Rosalía?

—Pero el padre de ella...

—¡Ya!, ¡ya! El padre se decidirá por el que tenga más dinero; me huelo que el tío Justo vota por el de Iznayas.

Las andas, durante el diálogo, se habían ido vistiendo de preciosas telas y

flores, y aparecieron al cabo tan brillantes como si hubiera caído una primavera sobre ellas.

—Sólo aguardaban a la imagen, que traída en hombros por los mozos desde la playa, ocuparía su esbelto trono, entre el nutrido tintineo, parecido a un llover de gotas de oro, de las breves campanillas de plata.

XII

CONFIDENCIA

Y fueron los mozos por la Virgen, por la Virgen que invocaba el marino en las tempestades, por la santa patrona del pueblo, que había de dejar su gruta de rocas para ser paseada por las calles y parada a la puerta de los enfermos.

En estado de aparecer ante ella estaba ya la pobre Prudencia a causa de su padecimiento al corazón, exacerbado con las últimas penas; en estado de pedirle misericordia, como lo hacen los delicados de cuerpo, los afligidos de alma, los que llevan algún dolor grande y oculto.

En su mirar resignado y humilde, sin mezcla de nada de la tierra, flotaba la vaga expresión de lo místico y se notaba ese hundimiento de todo el ser, de todo el espíritu hacia vida más suave y hermosa.

Rezaba la infeliz a toda hora, y en sus labios, tibios y puros, era como una luz invisible la oración.

Era ya una casi visión, una mujer casi mariposa, un ser todo luz.

Gustaba la señora Prudencia de extasiarse en la contemplación de lo blanco, sin que ella misma se diese cuenta de ello: del mar, miraba la espuma y el nevado plumaje de las gaviotas; del cielo, las estrellas primeras cuando aparecen como blancos espíritus; del hogar, los cándidos muros; de las flores, los lirios de color de marfil.

—Yo no veré ya otras fiestas—decía—; mi cuerpo busca la tierra y mi alma busca a Dios.

Sólo deseo ver casada a mi hija, a la infeliz Rosalía, tan maltratada por su padre.

¡Qué sería de ella entregada en sus manos sin mi auxilio! La Virgen haga el milagro de que Justo consienta en casarla con Bernardo. ¿Qué más puede ella desear que un hombre de bien como es él? ¡Malhaya la ambición, que da vida tan triste a las personas! Que se case con quien ella desea es a lo que aspiro antes de cerrar los ojos para siempre. Luego, que Dios no la deje sola en el mundo y derrame en su casa la gracia que no derramó en la mía.

Lloró al llegar aquí la mujer lágrimas de amarguísima pena, y sintió oprimírsele la garganta por los sollozos.

Rosalía se acercó al lado de su madre al verla llorar.

—Madre, ¿por qué llora?—le preguntó, echándose también a temblar su voz, como mariposa cogida por un ala.—¿Le pegó padre, es cierto?

—No, hija; pero pienso en tu suerte, puesto que pronto habré de dejarte; ya ves, tengo muchos años, mi vida se gastó demasiado a prisa.

—Pero ¿qué dice usté? ¡Dios mío! ¿Qué pasa?

—No te asustes, no es que vaya a morirme, pero es decirte que quisiera verte casada antes de dejarte, porque si quedas al lado de tu padre, ya ves el porvenir que te aguarda.

—¡Qué ideas tan tristes tiene hoy, madre!

—Sí las mías, que soy vieja, son tristes, ¿cómo serán las tuyas, hija mía?

Pero ahora que ha salido tu padre y no puede oirnos, quiero decirte una cosa.

—No deseo sino oirla.

—¿Tú estás enamorada de Bernardo? ¿Lo elegirías para vivir tu vida entera al lado suyo?

—También quiero yo hablarle de eso. Le quiero como a la persona que ha

de vivir con una siempre, y le quiero porque es noble y bueno. No es rico, pero gana para vivir con su barca, y como yo no aspiro a mantones de los de cinco en púa ni a sayas bordás de perlas, me acomodo a lo suyo, y le doy mi alma y mi vía. Decir esto no es acarrear malecencia, cuando se dice la verdá.

—Así quería yo oirlo de tí para que veamos el modo de convencer a tu padre de que deje a Bernardo entrar en la casa.

—Eso sí que no lo hará nunca. Bernardo, anoche, me ha propuesto un modo de salir bien; yo, como quería acabar estos escándalos, y no sabía si tendría mejor ocasión de hablar con él, jice buen semblante a lo que me dijo.

—¿Y qué te dijo?

—Me propuso un sacorio con toa la formaliá y buen ver de justicia y padrinos. Si no place a mi madre esto, jaré a Bernardo que me devuelva mi palabra.

—Siempre que te conduzcas como sabes, como siempre te has conducido...

—No reciba pesadumbre, que me ofende si otra cosa pensare de su hija. Bienafortuná yo que alcanzo la consentiá de mi madre; sabré portarme a su gusto y al mío.

—Cosa frecuente es entre las personas de más principalidá del pueblo el sacorio cuando las familias se oponen al casamiento; no he de oponerme yo al tuyo, cuando hasta me parece, Rosalía, que pocas veces más te veré.

No; me da el corazón que hemos de separarnos para siempre. Goza tú un poco de la vida, y acuérdate de que por cada alegría que tengas viviré un día más.

En aquel mismo instante, se alzaba en hombros de los mozos, sobre el azul inmaculado del mar, la Virgen bellísima que velaba el sueño de las playas y tendía su mirada a los náufragos.

Un clamor vago y dulce como el de una muchedumbre que vitorea y que tan triste llega a los oídos del que llora, llenaba el cielo de la tarde vestido de celajes purísimos como los que adornan aquel cielo del arte y de la luz.

Vivas a la Virgen del Mar, aclamaciones de voces infantiles, que tienen ecos de violín, rezar fervoroso que era contestado por la multitud en nutridísima explosión de salves aladas, escopetazos de los mozos que conducían a su Virgen—casi a su novia—a la iglesia, cantos, plegarias, algo que arrastra con irresistible poder al entusiasmo religioso, lo extraordinario de un pueblo que cree y reza, se acercaba cada vez con más fuerza, como una tempestad en la cual ardían entusiasmados los corazones.

Luego la procesión se alejó gradualmente con su rumor de descargas hacia la iglesia en medio de un repique triunfal de campanas.

XIII

DESFILE

La mañana siguiente despertó con la plaza hecha una feria de alegría. Pregones de turroneros por aquí, peroratas de «saltimbanquis» por allá, cruce de mozuelas por medio del gentío, el cual les colgaba un rosario de requiebros y agudezas; bullir de chiquillos por todos lados con sus ropitas nuevas, que les desfiguraban y les daban el tono desusado del día de fiesta; puestos de dulces colocados sobre mesas de pino, que empezaban en la puerta de la iglesia y corrían dando vuelta a la plaza; campaneo a misa mayor, que volvía loca a la gente; mucho de olores a ropas guardadas en el fondo del arca; de perfume a limpieza y a cal que hacía irradiar al sol las paredes; de semblantes afeitados en los que la tonsura disimulaba lo tosco y bronceado de los vientos del mar.

—Más adelante se verá—chillaba en un monótono desagüe de palabras el franchute dueño del desvencijado cosmorama—, más adelante se verá la bizarra figura de Prim, descollando entre *sus* soldados con el sable desenvainado y arengando a las tropas. *A su derecha* va el general O'Donnell, notable y va-

liente general, que estudia el plan de acorralar y hacer huir a los enemigos. «Dambos» a dos se esfuerzan por ganar el parapeto que se descubre en el fondo, donde el *pérfido* moro se defiende y atrinchera.

¿Quién va a verlo, señores, quién va a verlo? Es un cuadro nunca visto; sólo una *mota* vale arrimarse: ¿Quién se arrima? ¿Quién se arrima?

Los paletos de tierra adentro doblan los cuerpos enmarcando el rostro en los cristales de aumento y muestran las popas al concurso; la gente de la playa, zumbona y pícara, se ríe de la candidez de los gañanes que *miran al mundo por un agujero* para referir luego en su pueblo, más desfigurado aún que lo oyen de labios del franchute, el relato de deslumbrantes palabras.

En este puesto de confites, un campesino extiende el moquero y manda echar varias libras de lo dulce para llevar a la novia la característica *pañolá;* en aquél emplea la regocijada abuela *un rial de plata* en peladillas para sus nietos; junto a aquella mesa tira un corro de mozos a las cañas atravesando apuestas de aguardiente que corre escanciado en las copas; más al fondo exhibe a un mono amaestrado un malicioso sátrapa que hace al cuadrumano dar saltos de gimnasta con mucho de parpadeo del mamífero y de mover precipitado las manos.

Sobre el cuadro el sol cabrillea, brilla, tiembla y se rompe sobre pañuelos, sobre mantillas, sobre colores; y por medio de la pintura atraviesa el desfile de personas que caminan a misa mayor, todas emperejiladas y despidiendo de sí rayos y esplendores.

Allí viene—¡mirad!—la oronda y resoplante médica, con todo su temblor de mollas de carne, que sólo atraviesa la plaza de año en año para oir la misa y el sermón.

Detrás viene la alcaldesa con sus hijas, éstas con sombreros a estilo de la capital, y *bullones* en la parte trasera, y aquélla con su manto que deja ver tras una reja de bordados negros su cara.

Vienen pisándoles los talones la boticaria y su prole, con olor a drogas y menjurjes, pero bien cubiertas de lujo y con perifollos por todos lados.

¡Rancho, rancho! Que viene hacia acá la flor que en Guedeja parte con Rosalía el cetro de lo lindo y de lo bello; su andar es corto y pulido; lozanea y se mueve con gallardo cuneo de caderas mientras dirige el menudo pie de la china a la piedra, como si pisara sobre plata.

Aquí llegan las de *la casa de la fuente*, de las que, si dicen, si no dicen. ¡Qué trajes vistosos! ¡Qué manoteos y qué mover de ojos! ¡Qué olor a almizcle en las ropas! ¡Les vende su aire y su atavío!

Seguidamente avanza la del estanco... ¡Qué estela deja a tabaco! Lleva en la persona, alta y fría, lo oficial de la muestra del establecimiento; su abanico es una explosión de colores nacionales.

Vienen los mozos entre un tropel de colorines, de senas, de flores colocadas tras las orejas, y de telas alegres y vistosas. Sólo muestran una cortedad inaudita; se juntan como grupo de cabestros, se comprimen, se acorralan, y ninguno saca a vistas la figura.

Pues allí vienen los grupos de pescadores con su calzón de paño terroso, su blusa, de la que se exhala un suave olor a marisco; su faja arrollada al cuerpo, y los cirios corpulentos, las enormes hachas que a la madrugada lucirán en hileras delante de la Virgen en el rosario de la Aurora.

Todas las personas del pueblo y de las cercanías, unas con trajes lujosos que acusan posición e independencia, otras con la humilde jergueta cubriendo sus cuerpos, las de allí remedando en el donaire a las figuras de Fortuny, las de allá cargadas de adornos y de lazos, todas con la alegría en los rostros, con el entusiasmo en los pechos, se arremolinan cerca de la iglesia, en la cual ya luce el paño brillante en el altar, la vestidura de oro en el púlpito, el ascua que ha de quemar la olorosa resina en el incensario, y la Virgen puesta en las andas entre una constelación de luces y esplendores.

Entró la gente en la iglesia, y se dió principio a la misa

XIV

SERMON

En el momento, allá ribera del mar arriba, en el cortijo de Cumbrales, echaba galas y galas sobre su cuerpo el más que nunca apasionado Antolín, dispuesto a hacer la tercera visita a Rosalía, y la porra que había de servirle de declaración amorosa yacía acostada en una silla frente al espejo, por el cual se veía su tropel de cintas y de lazos.

Era la porra de algarrobo, y parecía un colosal as de bastos al que se hubiera vestido de máscara, agotando en ello cuantos colores idear pudo la luz.

Antolín, por su parte, quería convertirse en émulo del garrote, pues sobre el justillo de brillantes bordados y de la pechera sembrada de ojetes y pespuntes, se ataba un pañuelo como tirado allí al descuido, y pañuelos de seda asomaban por sus bolsillos, pañuelos de seda iban en su cintura y por todas partes enseñaba vistosos pañuelos de seda.

—Asienta bien el pie en el paso que vas a dar, Antolín—decía Cumbrales a su hijo con voz que parecía salir del fondo de un coro de catedral por lo grave,—asienta bien el pie, que onde menos se piensa salta la liebre. No vayas a ir demasiado por lo llano y la moza te devuelva la porra con los lazos.

—¡Qué me va usted a decir a mí de mujeres, padre (voz de trompetilla de mosquito), qué me va usted a decir a mí que yo no sepa! La mujer es como la sandía, que la que no está sana está podría.

—Lo que quiero decirte es que te conduzcas de un modo formal y serio y que el apellío de Cumbrales quee en el sitio que debe.

—Por encima de los mismos penoles queará, padre (trompetilla de insecto), y en to Guedeja no he de jallar mozo que sepa echar conmigo la porra a una mozuela.

—Pos ya debes montar sin más retraso (voz de profundis), para que vengas a pasá por la plaza a tiempo de salir la gente e misa.

Montó en el caballo, mejor aparejado que nunca, Antolín; colgó el padre el retaco con el cañón hacia tierra en la trasera del aparejo; alargóle luego la porra, que el mozuelo colocó delante de sí para que bien se viera el lujo de ella; y partieron caballo y caballero.

—«¡Amados hermanos míos en el señor!»—decía el sacerdote en el púlpito, ya mediada la misa, cuando el armado caballero de declarar amores clavaba la espuela en el hijar del alazán, y éste porraceó con las primeras pisadas el camino.

—¡Qué día éste de esplendor para la Iglesia católica! ¡Qué día éste, repito, en que se celebra la fiesta de la Reina del cielo, Madre de los ángeles, Señora nuestra: día en que podemos decir con las palabras del Apóstol!... (Aquí una parrafada latina.)

¡Oh, hermanos míos en Jesucristo! ¡Qué poder tan grande el de María! ¡Qué poder tan grande, que alcanza a todos como la luz del sol hermoso, como la luz misma que hace su beneficio sin ruido ni pompas vanas, sino en silencio, como besa aquel rayo de sol que veis entrar por aquella ojiva los pies del Crucificado!»

Esta imagen que, imitando el estilo mío, pronunció el cura antes de estar otra vez conforme con el Apóstol, produjo honda emoción en la iglesia.

Los rostros se volvieron como girasoles, primero a la luz que entraba en forma de hebra azul llena de átomos por la ojiva, y después a los clavados pies del Crucifijo, cuyo rostro se rodeaba del nimbo misterioso que dan los templos a las imágenes.

Comprendiólo así el cura, y añadió para levantar el corazón de los fieles:

—Lo mismo que ese Crucifijo recibe la caricia del cielo, debemos nosotros recibir las bondades de María: tristes, apenados, con el dolor en el alma por haberla ofendido, y considerándonos unos humildes hijos de Dios.

Porque María es la que en la arena, la que *allá* desde su gruta de rocas, que viene a salpicar de perlas el mar, tiende sus ojos al náufrago, y lo salva; la que en la noche sirve de faro a vuestros hijos, la que consuela a vuestros esposos, la que oye la oración de vuestras madres, y sostiene a los hombres del mar sobre el abismo.

No se oían ya las palabras del sacerdote.

Un clamoreo inmenso, nutrido, un plañido de todas las bocas, un sollozar de frases inarticuladas, de gemidos, de rezos, subía como una avasalladora ola religiosa para estrellarse a los pies de la Virgen, que sobre el fondo del altar resplandecía en medio de un incendio de luces.

XV

¿PORRA AENTRO. U PORRA AFUERA?

Cuando terminaron el sermón y la misa, y ya empezaban a salir las personas de la iglesia, entraba Calvario arriba el de Cumbrales, que esta vez no parecía con la porra acuestas el mono que tiró el tiro, según la frase de las mujeres, sino antes bien una viva y emperejilada sota de bastos.

Anita, que a última hora se lanzó con una amiga vecina suya a la iglesia, fué la primera en divisarlo a lo lejos, y después de sentir un brinco en el corazón que la dejó sin color y medio muerta, graduó el paso para que toda la gente estuviera en la plaza a tiempo que ella llegase, que sería en el momento preciso de entrar también el pretendiente.

La voz de que se acercaba la presencia del mozo cundió con una alegría extraordinaria.

Fué subiendo calle arriba; se acercó más; entró por fin en la plaza con el caballo deshaciéndose en escarceos.

—¡La porra! ¡La porra! ¡Ahí trae la porra!—fué lo que circuló de boca en boca a su presencia por todos los ámbitos cercanos.

Anita, muy emperejilada y puesta, adelantóse cogida del brazo de su amiga, y atravesó, ante todos los ojos, delante del caballo.

Antolín que la ve por detrás, cogida del brazo de la otra moza; él, que considera que puede ser realidad lo del triunfo soñado; él, que toma a la mujer que acompañaba a Anita por Rosalía, tírase sin más de la bestia, enarbola y sacude en el aire con toda la majeza de que era dueño el tropel de lazos de la porra, y antes de encararse con ambas mujeres y poniendo una rodilla en tierra, arroja al suelo el garrote y pregunta:

—«¿Porra aentro, u porra afuera?»

Retiróse la acompañante de Anita, vista la desproporción de la pareja y lo ridículo del lance; quedó sola ésta con la declaración a sus pies, y resonó una carcajada colosal, inmensa, indescriptible, en toda la plaza.

Antolín, reconocida su equivocación lamentable, sintió que le flaqueaban las piernas; montó como pudo en el caballo; amorró la cara contra el pecho corrido de vergüenza, y salió calle abajo, para no volver más al pueblo, queriendo huir de sí mismo y de la tierra.

XVI

PREPARATIVOS DE UN LANCE

—Quién te quiere a ti—dijo, acercándose a Anita, Primores, después del cómico saínete y con aquel farandulear suyo y afición a requebrarlo todo—, quién te quiere a ti, Anita, rama de limón en flor, tallo de yerbabuena, es este

corazoncito de oro, este pecho que si respira es por tí, si siente es porque tú le estremeces, y si vive es porque todavía no me has dicho que no.

No obstante el pasillo a que había dado motivo la moza, al escuchar (siempre era la misma su naturaleza) aquella explosión de flores que salía de boca de Primores, estremecióse su cuerpo y sintió la picadura del amor.

—No puedo creer que me quieras—dijo con mascamiento de deseo la gigante.

—¿Que no te quiero dices? ¡Ay, qué muerte de palabra acabas de darme! ¿Conque no vivo por ti, y no sueño contigo, capullito de granao, lirio celeste, paloma mensajera... ¿Sabes tú lo que es paloma mensajera?

—Claro que lo sé.

—Pues yo besaría donde tú pisas, y giraría los ojos donde tú, y mudaría mi corazón a tu pecho, si tú, paloma de luz, ave de oro, llevaras en tu pico un papel escrito a Rosalía.

—¿Una carta?

—Como ésta; si lo haces como deseo y me complaces, copito de espuma, búcaro de flores, te he de robar el aliento para alimentarme con él, te de tomar medida de la boca pa mandarle hacer a un rosal un capullo como ella, he de besar la maceta que venga bien con tu cintura, y he de comerme la almendra que tenga el tamaño de tu pie.

Anona, con tal que siguiera en su letanía amorosa Primores, guardóse la carta y puso abierto el oído.

Cuando llegó la noche, toda esa vida, todo ese movimiento se notaba en la gente, sobre todo en los mozos y mozas, que veían llegado el instante de decirse varias ternezas en el pilla que te coge de las mudanzas.

Fué lo primero que apareció a orilla del tablado una bandada de chiquillos con corpulentos cigarros en la boca y mucho de escupir y gallear echándola de hombres, como que ya entraba en las audacias de su imaginación seguir en el baile a alguna moza a echarla a los pies cuatro flores.

Luego comenzaron a hulusmear la plaza, sin darse francamente a vistas, las comadres y murmuradoras, que habían de encontrar tema en la fiesta para su comidilla diaria, salpimentada con la dosis de exageración conveniente y con los falsos testimonios al caso.

Siguieron a éstas algunas madres con sus hijas, no ya para tomar asiento e ingresar en la fiesta, sino para dar un *walsón*, una *jopada*, y aquilatar, y ver, y tomar medidas y distancias.

Con un buen golpe de mozos, ya *alpistelados* con algunos pares de tragos, llegó la banda de música, cada hombre con su instrumento bajo el brazo, que relumbraba a la luz de la luna y a la de los candiles y velones de cuatro piqueras, velones de Lucena, que colgados de los altos postes daban parpadeantes reflejos, cuando el viento soplaba, al auditorio.

El músico del bombo, rodeado de una espesa nube de chiquillos, avanzaba con su colosal barriga, sobre la que caía el parche tremendo, y una vez cerca del tablado se descolgó el aparatoso instrumento entre el pasmo y el recelo de los muchachos.

Todos los *piteros*, lo mismo el de manos de largos dedos y secas falanges que «arañeaban» sobre los boquetes de la flauta, que el de los platillos, los cuales parecían a los muchachos vivas ruedas de sol, que el del bajo con su inmensa boca dorada por donde salía como un rumor de terremoto, mostraban sus crecidas melenas, sus trazas extrañas, su aspecto de hombres mitad bruja mitad macho de aquelarre, y que tenían el poder, el don diabólico de sacar aquellas algarabías de notas de los instrumentos mientras ostentaban sus narices de loro y se comunicaban con incoherente hablar de cotorras.

Desfundaron unos los clarinetes, otros los cruces y enredos de su aparato músico, aquél el cerdeante oboe con sus llaves metálicas que tecleó con soltura increíble el profesor, éste la trompa que rodeó a su cuerpo como un espantoso culebrón dorado, y ocuparon una esquina del tablado en torno a los atriles de forma de lira y dejaron en el centro del círculo al maestro.

Entre un triunfo de risa de los muchachos, el maestro alzó el brazo y lo

dejó caer con aplomo y brotó el acorde valiente, el raudal de música grata, la expresión más popular del arte que puede llegar a ojos y a oídos.

Aquello fué un «desracimarse» del pueblo al oir el compás brillante de la música.

Huyeron primero los muchachos en todas direcciones hasta desembocar en la plaza; precipitaron las mozuelas su tocado con mano temblorosa y rostro alegre, dándose el último vistazo al espejo; liáronse las madres los mantones por si allá, a media noche, se alzaba gris en la plaza, y todos, grandes, chicos, hombres, mujeres, hasta la vieja con dientes del tamaño de dientes de ajo y varias generaciones encima, estiró las zancas y fué a dar su olida a la fiesta.

Sólo no acudieron varias personas: el tío Justo, porque en celebración de la noche se había emborrachado atrozmente y roncaba como un cerdo en la cama, con aquel sueño profundo de su cuerpo; Rosalía y su madre, porque se aproximaba quizás su eterna despedida, que había de verificarse más tarde; y Anita, porque encerrada en su cuarto a piedra y lodo, leía y releía a la luz de su velón un papel: era la carta de Primores.

Con su olfato sutil para lo amoroso, olió que aquel sobre encerraba algo dulce para el alma y algo gustoso para el cuerpo, y se decidió a sacar lo escrito y a leerlo con mezcla de envidia y deseo.

«Si accedes—decía en uno de los párrafos la carta—, la señal será un pañuelo, una cinta, que pondrás a media noche en la reja.»

No eran aún las doce, y ya el aire sacudía entre las flores de la ventana un blanco jirón que la trémula mano de Anita había colgado a los hierros, secuestrando la aventura a Rosalía.

El, que esperaría ver caer en sus brazos desmayada de amor a Rosalía; él, que desearía oprimir su cintura al arrebatarla a las ancas del caballo; él, que se prometería mil barrumbadas ante los mozos después del lance, diciendo a voz en cuello en la plaza: «Mirad la más linda flor de Guedeja por mí depositada y sustraída a su padre», iba a dar el crismazo mayor que dió hombre nacido, e iba a ser el hazme reir, más que lo era, de la gente.

La hora que señalaba Primores era las dos de la mañana, cuando fuese terminando la fiesta.

Noche señalada también para el sacorio de Rosalía, no se hallaban el ánimo de la hija, que se iba, ni el de la madre, que se quedaba—menos el del cuerpo bruto del hombre—, para percatarse del teje maneje de Anita, ocupada en colgarse cuantos lazos encontraba a mano y en llenarse el rodete de flores y moñajos.

Dió la una de la mañana.

Por detrás de la casa de Rosalía se oyó—solamente desde aquel lado—un rumor nutrido de hombres, un patear de bestias, una confusión de resuellos agitados como de tropel que hubiese llegado a la carrera.

Seguramente se trataba, no era posible dudarlo, de sacorio

XVII

LA DESPEDIDA

Era la gente de Bernardo.

Con el pecho anhelante y tratando de ahogar los ruidos que producía con el vestido, descorrió Rosalía la puerta del corral y quedó sobrecogida de emoción.

En un ángulo de la tapia se veía medio escondida la puerta que daba al campo, por la cual habría de escapar.

Detrás de ella la aguardaban, de antemano convenidos, una lucida cabalgata de mozos, el juez del pueblo que había de testificar el robo de la novia, la madrina con todas sus randas y abalorios encima, a las ancas del caballo que montaba el padrino, y Bernardo, que puesto que cada cual tiraba a ir bien portado y a lucir ricas prendas, delataba a la legua ser el novio desde la bota sem-

brada de arabescos y torzales hasta la felpa del sombrero, y dejaba ver en su persona pantalón lleno de colmenares de plata, faja que rodeaba su cintura, justillo con unas motas de azul y otras de rojo, chaqueta con golpe de trencillas en la espalda, y la camisa más llena de pespuntes, calados y ojetes que se vió en pretendiente enamorado.

Así era él cuando llegaba la ocasión.

Una sensación fría heló el cuerpo de la mujer al persuadirse de que venía por ella aquel tumulto. Sintió pavor, miedo, falta de acción en el cerebro, algo como el atosigamiento de una pesadilla.

Era evidente: Allí estaban ya Bernardo, los padrinos, el juez para tomarla en depósito; no era otra persona a la que buscaban; era a ella, a ella misma.

El temhlor de todo su cuerpo era infinito.

Como si despertara del sueño de muchos años y saliera un instante de su atolondramiento, doña Prudencia se sintió en aquel supremo instante más madre que en todo el resto de su vida. Hizo un profundo esfuerzo como si se llenara de energía, se sacudieron todas las fibras de su alma, agrandada de pronto hasta desbordarse de ella, echó «garras» en los ojos, y afianzó con ellas y con las manos a Rosalía.

—¿Son esos?—preguntó con un abrazo que tenía algo de estrangulación.

—Ellos, ellos son.

—Pero...

No supo cómo seguir la mujer.

Parecía efectivamente sueño todo aquello.

Llevarse a la hija suya, a Rosalía, a la única que le tenía cariño en aquella casa, a la que había criado y visto gatear en sus rodillas, y crecer, y llegar a ponerse a la altura del beso de su boca...

Apretándose ambas en un abrazo, como si fueran a fundir sus dos cuerpos, quedaron sin acción unos instantes: en esa idiotez de los casos supremos se acordó Rosalía, por un fenómeno rarísimo, de una vez, cuando ella era pequeña, que se le cayó un espejo de las manos; luego no volvió a acordarse de ello en toda su vida.

—Pero ¿es cierto que te vas?—dijo llorando con las entrañas la madre.—¡Oh! ¡Me vas a dejar sola, sola!

—¡Madre mía!—sollozó con un dolor inmenso, imposible de pintar, la moza; y no hallando palabras de más honda y poderosa expresión, volvió a repetir:—¡Madre de mi alma! ¡Madre mía!

Caía de los ojos de ambas un diluvio de lágrimas.

¡Qué noche para la despedida!

Resonaba a lo lejos la fiesta con un rumor que hacía triste la ráfaga de viento que mecía el acorde, trayéndolo al oído y alejándolo.

Era la expresión del pueblo que gozaba, que reía, que aprovechaba con ansia los instantes de aquella noche feliz, que no regresaría hasta otro año. En la casa nada se oía, a no ser la respiración bronca del cuerpo alcoholizado y el murmullo de la conversación de madre e hija, como un doliente y apasionado aleteo de tórtolas.

—¿No me olvidarás nunca? ¿Te acordarás de esta pobre vieja?—decía con los labios cosidos a las mejillas de la hija la infeliz solitaria, que tenía por última vez entre sus manos la estrella que dejaría en obscura noche su vida.—No sabes cuánto te quiero; ahora que salen tus raíces de mí, siento que me quedo sin corazón y sin alma. ¡Adiós, adiós!...—Y daba nuevos besos en sus mejillas, y volvía a oprimirla a su pecho, y le alzaba el cabello de la frente y colmaba de besos sus pensamientos. Se veía que lo que deseaba besarle ya era el alma, y la buscaba con los labios a través de sus mejillas y de su frente.

Rosalía derramaba en silencio, para no levantar ruido alguno, los sollozos que se acumulaban en su boca.

—¡Adiós tú también, padre!—dijo muy quedo, volviendo los ojos a la habitación que éste ocupaba.

En aquel instante no recordaba la hija las injurias de la bestia que yacía tendida en el lecho, ni sus tratos inicuos y feroces.

Perdonaba las ofensas recibidas en aquel adorado sagrario de su niñez y se hacía ella misma para andar un camino de lágrimas.

Otra vez resonaron nuevos adioses, volvieron las caricias, estallaron los sollozos y se soldaron por largo tiempo los labios.

—¡Eh! ¿Quién anda ahí?—borbotó con voz mitad ronquido, mitad eco inteligible, el padre, bregando y haciendo crujir el lecho de su alcoba.

Las mujeres dieron un paso atrás, presas de un terror inmenso, y quedaron pegadas al muro.

XVIII

ULTIMO ADIOS

Era que el estado del cuerpo del hombre traía a los labios de éste frases confusas y terribles.

La congestión se cernía sobre él moviendo sus olas de sangre; pero no había que temer por su vida, porque se agarraba con demasiada fuerza a su cuerpo.

Era feroz para todo el tío Justo, hasta para caer vencido: sólo que no pudo sospechar que mientras él durmiera, la condenada por él a prisión huiría sobre las ancas de un caballo.

Rosalía abrió ambas hojas de la puerta y quedó enfrente de la noche.

La moza tuvo que reunir toda su fuerza en un arranque de resolución para no volver atrás y dejar en una perpetua cita a los mozos.

Una sensación fría corrió por su cuerpo y retrocedió algunos pasos.

Detrás de aquella puerta le esperaba el hombre con quien había de unirse para siempre; la aguardaban los mozos que huirían con ella, haciendo volar sus caballos y despertando a la gente con los triunfales disparos de sus armas.

No podía resistir por más tiempo, y puso la mano en el cerrojo.

El hierro chirrió dentro de los anillos oxidados, y abrió ambas hojas de la puerta, dejando ver a Rosalía el confuso tropel de hombres y caballos.

XIX

EL SACORIO

Fué la primera manifestación de su virtud apellidar a la justicia, puesto que ya estaba fuera del lindero del hogar; y cuando llevó a su conciencia la persuasión de que estaba custodiada por la ley, con frases de mucho comedimiento y un incomparable modo de respeto, saludó a los que de aquel modo desplegaban rumbo y gallardía en su obsequio, y se dejó coger en brazos por el padrino, que alzándola dos varas del suelo, la sentó a las ancas del caballo que montaba el felicísimo Bernardo.

—¡Bienafortunao yo!—deslizó solamente en el oído de la mujer el mozuelo, sintiendo que ella le rodeaba la cintura con un medio abrazo, por una inevitable exigencia de la postura.

El sacorio se realizaba hasta aquel instante sin tropiezo.

Quien haya asistido a esta costumbre clásica; quien haya visto esta fiesta típica de amor en una serena noche de estío, cuando la vida rebosa en los cortijos y están llenos los campos de gente; quien haya formado en la cabalgata espléndida donde cada escopetero va a lomos de andaluz caballo echando de sí rumbos y donaires; quien haya presenciado el despertar ansioso del pueblo cuando salen a la calle viejas y mozas a comentar el escandaloso suceso; quien haya escuchado los gritos, las voces, el estruendo de cascos en las piedras, los

infinitos ladridos de los perros, y el tumulto que se produce en la comarca, podrá formarse idea del arrebatador aspecto del cuadro y de la confusión que reina en sus figuras.

Por donde quiera no se veía más que largas caídas de sedas, atajarres bordados, mantas de una riqueza suma y bellos adornos y primores.

Arrancó el primero de todos el padrino, y su caballo levantó una explosión de chispas de lumbre de las piedras, y dió la señal de movimiento al pelotón confuso de las bestias.

Unos jinetes enterrando las manos en las crines para afianzarse en la postura, otros ciñendo en forma de paréntesis las piernas a ambos lados del bruto, éstos inclinados hacia adelante como se inclina el *jockey* en la carrera, y todos revueltos y confundidos, azotaron el camino que huía a lo largo de la tapia del corral y desembocaron en la plaza.

En aquel instante, hora de la cita de Primores, se aproximaban por el otro lado de la casa del tío Justo, por el lado donde se hallaba la reja, los mozos amigos del derrochador de decires, con el objeto de coger en su propio nido al pájaro que acababa de volar por la otra puerta.

Primores y los que le acompañaban iban en la absoluta confianza de que Rosalía era la que habría de descorrer el cerrojo y arrojarse en brazos de su amante.

Hay que decir, en honor del galante rondador, que si bien la cabalgata que dispuso en honor de la moza no era lo lucida que la de Bernardo ni llevaba aquel nutrido pelotón de caballos, por lo menos contaba entre los hombres al alcalde, que había de dar legalidad al robo de la moza.

Pero esta formalidad misma era una circunstancia que favorecía lo cómico del lance y le daba relieve y colorido, puesto que se traía allí hasta al alcalde, para que diese fe de que Primores, el gárrulo mozo de Guedeja, la nata y flor de lo pulido y de lo majo, cargaba, no con la linda Rosalía, causa de su pasión, sino con el armatoste humano, con la imbécil que había interceptado su carta, con la tarasca horrible cuya popularidad era extraordinaria en el contorno.

—¿Eres tú, lucero, estrella de la mañana?—preguntó muy quedo Primores, pegando con misterio la cara a los hierros entre el profuso follaje de la enredadera.—Por fin te apiadas de este pecho, de este corazón que te adora y no sabe vivir sino por ti.

Anita respondió al susurro amoroso con un:

—Sí, estoy esperando tu cita—que cayó como un trozo de paraíso en el oído del mozuelo.

—Pues abre con sigilo, niña mía, cachito de cielo, que aquí están el alcalde y los mozos, esperando que salgas pa que huyas con nosotros del pueblo.

Los ojos de Anona chispearon de gozo; sus pupilas adquirían una dilatación ávida que daba sello monstruoso a su rostro.

Sonó un ruido fuerte, producido por la corpulenta mujer, la cual se dirigió a tientas a la puerta, ansiosa de meter la llave en la cerradura.

Dormía el tío Justo, y la señora Prudencia, después de la despedida, había quedado hundida, sepultada en el más hondo abismo del dolor e insensible ya a las cosas de la vida.

Se agachó Anita para quitar la tranca a la puerta, arrancóla con mano forzuda, e hizo la casualidad que cayera de sus manos al suelo, levantando un ruido fortísimo, el ruido del palitroque que rebota y suena como si estuviera templado por música.

Esta vez despertó de pronto la fiera.

Se incorporó bruscamente, y vió atravesar ante la mancha blanca de luna que dejaba ver la reja, un cuerpo enorme y rápido, un contorno de mujer.

La impresión de que pudiera ser Rosalía, que tuviera cita con Bernardo, le barrió al hombre la borrachera del cerebro.

Absolutamente fresco, tiróse de la cama y se precipitó a la ventana.

Anona, deseosa de acabar, metió la llave en la cerradura, abrió y dió un paso hacia la calle.

Lanzóse Primores a su encuentro.

—¡Rosalía! ¡Oh, Rosalía! - dijo cogiéndola entre sus brazos y volviendo la espalda a la puerta, cuyas hojas quedaron entornadas.

Pero al ver, con asombro imposible de decir, que estrechaba como un apasionado a la gigante, la cual deshacíase en babas amorosas, al oir la carcajada espantosa, terrible, del alcalde y de los mozos, creyó que venía al suelo de emoción.

Tomando todo aquello el tío Justo por que Bernardo escapaba con su hija, abrió ambas hojas de la puerta con movimiento repentino.

—¡Toma, ladrón de mi hija, toma!—dijo hecho un monstruo de ira, y dió dos furiosas patadas a Primores, ¡en qué sitio, Dios justo, para su fama de apuesto y enamorado!

Volvióse a la «alusión» el mozuelo, y el viejo fué esta vez quien quedó mudo de sorpresa.

¡Primores robar a su hija! ¡Primores, el de la herencia! ¡El de la olla de onzas que debía estar guardada en sitio seguro!...

Hubiera dado la vida por devolver los dos puntapiés a su zapato.

Disponíase a pedir perdones, cuando recibió la tercera sensación de la noche: fué al mirar el rostro de la prófuga.

Pero... ¿era su hermana aquella?... Su hermana, sí, su hermana misma, no estaba soñando. Pero ¿y su hija?...

—¡Rosalía, Rosalía!—gritó, furioso, recorriendo las habitaciones de la casa.

Allá, en la plaza, donde desembocaba en aquel instante el sacorio, se oía un gritar inmenso, una voz como de alarma que salía de todas las bocas y decía:

—¡Sacorio, sacorio! ¡La hija del tío Justo, la hija del tío Justo y Bernardo!

El viejo, que oye este aviso; él, que percibe la tremolina y júbilo lejanos, él, que no halla en la casa a su hija, coge la escopeta y se lanza, resuelto a matar, a la calle.

Lejos oíase como un grito universal de alegría:

—¡Sacorio, sacorio! ¡La hija de tío Justo y Bernardo!

—¡Por fin le dieron esquinazo al bribón!—decía una mujer, con la cara soltando chorros de alegría.

—Pa el amor no valen cerrojos.

—Al cabo y a la postre fué vencía la fiera.

Todos estos diálogos, todas estas exclamaciones, todas estas frases y decires se revolvían, chocaban entre sí, cundían por todas las bocas como un contagio de alegría, y sólo eran acallados un momento cuando pasaba por medio de los grupos alguna persona de la familia del viejo echando lumbre por los ojos.

—¡Sacorio, sacorio!—resonaba en todo el contorno como una voz inmensa de júbilo, y el estruendo crecía, los gritos cabalgaban en el viento despertando los ecos de los peñascos y el tropel de escopeteros ponía furioso redoblante a aquella imponente sinfonía.

El tío Justo, con cara aferruzada y terrible, de donde partían rayos de venganza, cruzaba entre la gente que se abría a su paso, y empuñaba el arma mortífera, deseando meter la bala en algún pecho. Bufaba, echaba espumarajos por la boca y trituraba entre los dientes un monologar sordo y profundo.

La cabalgata vació, formando un alegre graneado, sus armas en la distancia: dió a los novios los postreros vivas, que llegaron atenuados y débiles en el viento; y todavía, allá, detrás de los valles y de las lomas, se vió un último fogonazo que dejó rotas como por una viva herida de luz las tinieblas.

El viejo, viéndose impotente para alcanzar ni con los plomos a su hija, tiróse al suelo, presa de un ataque de ira, y empezó a revolverse describiendo las contracciones y saltos de una danza de rabos de reptiles.

Cuando regresaba la gente a la plaza, uno a quien había sabido a poco la fiesta, cantiñeó entre dientes, entre risas maliciosas y comentarios alegres.

No hay tren, caballo, ni viento
para el amor que se escapa,
ni su carrera se vence
con el correr de una bala.

XX

EL ROSARIO DE LA AURORA

Los dos bandos en que a última hora se dividió el pueblo—tal incremento habían tomado los amores de Bernardo y Rosalía—, el uno, el mayor y casi el que lo era todo, partidario de que el codicioso tío Justo cediera la mano de su hija a Bernardo, y partidario el otro de que Rosalía fuese, bien para Antolín, bien para Primores, se habían dividido en la procesión cuando a la madrugada salió de la iglesia, y cada cual con su cirio encendido ocupaba la hilera que le correspondía, formando calle delante de la Virgen.

Abría marcha a la procesión un alto y musculoso portaestandarte, partidario del triunfo de Primores; seguían dos largas hileras de devotos, largas hasta ocupar casi de punta a punta la calle, lanzándose miradas de reojo y empuñando el encendido cirio con más gana de romperlo a cintarazos que de consumirlo puestas las pupilas en la Virgen; marchaban en seguimiento los hermanos, con las insignias en el pecho; los mayordomos, mostrando su principalidad e importancia; los pescadores, abiertos en hilera ante la imagen con las inmensas hachas apoyadas en las cinturas; los mozos vestidos de escopeteros qne iban disparando al aire salvas de gloria; iban también hombres de los lugares vecinos con sus pañuelos de seda asomando por todos lados; sacristanes; acólitos; la Virgen con su manto cayendo de la corona hasta el suelo; y detrás de la manga de la parroquia, entre cuyo fleco se ocultaba la cabeza del monaguillo, sin orden, sin concierto, procurando cada uno ir lo más cerca de la imagen, mezclábanse beatas, con el breviario bajo el manto color de ala de mosca; viejas con cuatro vueltas de rosario a la muñeca; impedidos dando cojitrancadas y pidiendo un súbito milagro a la Patrona; zurcidoras de voluntades que se amparan en la religión para que no se vean sus pecados en la penumbra de los templos; viudas pidiendo marido flamante sin los defectos del primero; mozas demandando novio a golpe de pecho; adúlteras implorando valor para el momento de tropezar con los ojos del amante, y cuantas personas tenían pretensiones mundanas o divinas, pecados terrenales o aspiración a místicos favores.

Nadie osaba decir palabra que alterase el orden de la marcha, nadie rebasaba el límite de la prudencia, temeroso de provocar el conflicto.

La causa de que se produjera fué un cohete ratero lanzado donde mayor era el número de gente.

Escupiendo su furioso chorro de chispas, y una vez dueño del aire, se meció en tales figuras geométricas y describió tales brincos y saltos, que no quedó falda de beata, guarnición o volante de moza, chaqueta de mozuelo y hopalanda de monaguillo que no chamuscara a su paso, produciendo los empujones, gritos y disputas consiguientes.

Una de ellas se entabló entre dos partidarios distintos de los amores de Rosalía.

Pisó uno al otro en medio de la oleada de gente, y el ofensor, sin que pudiera evitarlo, dejó chocar su mejilla con la mano callosa del primero, no habiendo necesidad de más aviso en cuantas personas componían la procesión.

Como reguero de pólvora corrió la detonación, repetida por otras muchas, y cada figura perdió su puesto, cada luz se agitó con movimiento automático, cada estandarte y cada manga se inclinaron como empujados por una racha de viento, y todo perdió postura y equilibrio.

Cada figura, con el cirio puesto en alto, daba palos horribles que arrancaban gritos y blasfemias.

Revoleaban en el aire los faroles, y un desgajarse de cristales indicaba el golpe descargado.

Aquello era una lucha celebrada en las tinieblas, de las cuales salían respiraciones fatigosas, resuellos producidos por manos que oprimían rudas y tenaces las gargantas.

La imagen en tanto, temblequeando entre sus adornos, ramos y guardabrisas, presidía el espanto de las mujeres, que juntaban las manos y las elevaban hacia ella.

La claridad del alba empezaba a teñir de una delicadísima claridad el cielo y dibujaba sobre el fondo la batalla.

A aquel reflejo leve se destacaban vagamente las figuras como un dibujo negro que careciera de líneas y contornos. La confusión bullía semejante a una gran sombra en el horizonte.

Nadie profería palabra donde la lucha se componía sólo de hombres.

En silencio caían los tremendos cirios en hombros y cabezas. Sin otro ruido que el de la cristalería saltando en mil pedazos, daban los parpadeantes faroles en espaldas y pechos, arrancando ahogados gemidos.

Jamás pincel alguno pudo seguir el movimiento y sorprender los miles de detalles de cuadro tan profuso. La pluma que posee el color, la línea, el rasgo escultórico y la armonía, es sólo capaz de producir tantas sensaciones por segundo y deslumbrar los ojos con riqueza tan extraordinaria y hermosa.

La última fiesta de las que componían el programa de la Virgen, la postrera ceremonia con la que habían de cerrarse las fiestas, se había convertido en batalla colosal, en campamento donde se disputaba a farolazo limpio y a cirio batiente, acabando con la misma confusión y atronadora algazara del célebre rosario de la Aurora.

Salvador Rueda

VENTAJAS QUE PROPORCIONA EL CALZADO

¡¡EUREKA!!

Buen humor, por la comodidad.
Economía, por la duración.
Elegancia, por la novedad.

Nicolás María Rivero, núm. 11.-MADRID

Le interesa, señora El cabello blanco, envejece; ¿para qué parecer viejas? Usad LA FLOR DE ORO y tendréis el cabello negro, lustroso y abundante.
Esta tintura no contiene nitrato de plata.=Se vende en las perfumerías y droguerías.

HEMOS PUESTO YA A LA VENTA LAS

TAPAS

para encuadernar los números publicados por LA NOVELA CORTA desde el *1.º de Enero* al *30 de Junio* de 1917.

Estas artísticas tapas, son en tela fantasía moaré, con estampaciones.

Precio de las tapas, 1,50 pesetas
A provincias, certificadas: 1,75 pesetas.
Todo pedido deberá venir acompañado de su importe.—No se acepta el pago en sellos

COMPAÑY FOTÓGRAFO Fuencarral, 29.-Madrid

La Novela TEATRAL

publicará mañana domingo

una de las obras más notables del teatro italiano, la célebre comedia de éxito mundial, titulada:

MIRANDOLINA

(LA LOCANDIERA)

ORÍGINAL DE

CARLO GOLDONI

adaptada a la escena española por el ilustre escritor

CRISTOBAL DE CASTRO

Caricatura de FRANCISCO ALARCON
por M. TOVAR

DIEZ céntimos.

Dientes fuertes, blancos y bellos; boca fresca y sana, todo en un frasco de

OXENTHOL

Fabricado por la ***Perfumería Floralia*** creadora de los productos ***Flores del Campo.***

Jabón. Colonia. Polvos.

Imprenta y Talleres de la NOVELA CORTA, Antonio Palomino, 1.—Madrid